

# Weird Review

Número 21 Diciembre 2022

REVISTA DE GÉNERO FANTÁSTICO

Ciencia ficción, fantasía, weird fiction, terror y cuento fantástico.

ISSN L 2953-3031

## ESPECIAL NAVIDAD SANGRIENTA



### ARTÍCULOS:

Yoselin Goncalves  
Ana María Rosales Flores  
Julio María Fernández Meza

### ILUSTRACIONES/ FOTOGRAFÍAS:

Lou Luna  
María Victoria Hernández  
Josseline Lisethe Aguila Benitez  
Kathy Pérez  
Allen. D. Reeves

### TEXTOS:

Wendy Barsallo  
José C. Sánchez  
Kalton Harold Bruhl  
Flor M. García  
Jiseell Martínez  
Javier Villamonte  
Mirza Patricia Mendoza Cerna  
Denise Armitano Cárdenas  
Marcus J. Robles B.  
Frida Sánchez  
Andros Erik Aguilera  
José Luis Monroy Antón  
T. Herbonnière  
Alejandro González  
Carlos Enrique Saldívar  
Ángel Zapata  
Rose Lynn

*Revista Weird Review N° 2*  
Segundo número: diciembre 2022  
ISSN: L 2953-3031

***Editor:***

Yoselin Goncalves

***Consejo editorial:***

Lou Luna

Leyles Rubio León

***Diseño de portada:***

María Herrera González

***otras imágenes:***

[arbitrarypropaganda.tumblr.com](https://arbitrarypropaganda.tumblr.com)

[www.shutterstock.com](https://www.shutterstock.com)

[www.revistaweirdreview.com](https://www.revistaweirdreview.com)

Email: [info@revistaweirdreview.com](mailto:info@revistaweirdreview.com)

Sobre Derechos de Terceros: En la revista WEIRD REVIEW se respetan los Derechos de Autor y la Propiedad Intelectual. Todos los autores tienen el derecho de sus obras. De igual forma se prohíbe la publicación de material protegido por derechos de copyright.

WEIRD REVIEW es una publicación gratuita. Queda prohibida la reproducción total o parcial de su contenido sin expreso deseo de sus autores, de los responsables de la revista o, en su defecto, sin citar la fuente original. Las imágenes utilizadas en los contenidos no pretenden infringir la propiedad de sus autores, solo ilustrar el contenido de los artículos.



# Índice

3. NOTA DE LA EDITORA

4. LA NOCHE DE LAS PLUMAS FRÍAS - Marcus J. Robles B.

7. ATRAPAGATOS - Denise Armitano Cárdenas

8. DEMENTE ANTES QUE ÁNGEL- Andros Erik Aguilera

14. ILUSTRACIÓN (ALTER SANTA) - Allen D. Reeves

15. LA RECETA SECRETA DE LA ABUELA - Jiseell Martínez

18. LA SANGRE DEJA HUELLAS - Ángel Zapata

21. ROBO EN EL PORTAL DE BELÉN - José Luis Monroy Antón

24. ILUSTRACIÓN (DULCE INOCENCIA) - Josseline Lisethe Aguila Benitez

25. DULCE NAVIDAD - Wendy Barsallo

29. GERTRUDIS, LA ABUELA - Frida Sánchez

32. ILUSTRACIÓN (He sees you when you're sleeping) - María Victoria Hernández

33. ESOS CUETES - José C. Sánchez

36. Petrica - T. Herbonnière

40. ¡HA LLEGADO SANTA CLAUS! - Kalton Harold Bruhl

41. ILUSTRACIÓN (LA NAVIDAD DE BRAULIO) - Kathy Pérez

42. DUENDES NAVIDEÑOS - Mirza Patricia Mendoza Cerna

44. CASCABEL, LINDO CASCABEL - Flor M. García

46. LA NAVIDAD DEL CUERVO - Rose Lynn

50. ILUSTRACIÓN (PADRE) - Lou Luna

51. EL NUEVO PAPÁ NOEL - Carlos Enrique Saldívar

52. ARTILUGIOS - Javier Villamonte

55. REDONDO METÁLICO GIRANDO SOBRE SU EJE - Alejandro González

59. ESPECIAL

72. EL EXCESO COMO FUENTE DE HORROR EN "LA SORPRESA" DE GUADALUPE DUEÑAS - Ana María Rosales Flores

74. UN ASOMO AL HORROR (NAVIDEÑO) DE JUAN JOSÉ ARREOLA - Julio María Fernández Meza

77. 'GREMLINS': UNA CLÁSICA NAVIDAD DE TERROR Y COMEDIA - Yoselin Goncalves



# Nota de la EDITORORA

Desde el primer número tenía mis dudas sobre la revista. Creo que me faltaba un poco confianza, pero no solo en mí. Necesitaba confiar en las personas, en los que comparten este proyecto. Sin embargo, algo he aprendido: cuando nos unimos podemos hacer grandes cosas. Sí, suena un poco cursi para una revista de género fantástico, pero es lo que hay. A veces lo cursi suele ser lo más aterrador. Pero esa falta de confianza cambió y ahora estoy convencida de que seguiré adelante con este proyecto.

Compartimos con autores, celebramos la literatura y nos convertimos en una pequeña comunidad que se apoya y que crece. Estamos muy agradecidos por ello. Este segundo número ha sido toda una travesía desde que tuvimos la idea de hacer un especial de navidad inspirado en esas películas de terror navideño que tanto nos gusta. La idea surgió después de toparme con un artículo de la película *Black Christmas* (1974). Así que ahí vamos.

El presente número de *Weird Review* ofrece en su sección de *Cuentos* distintos artistas panameños: Marcus J. Robles B., Jiseell Martínez, Ángel Zapata, Wendy Barsallo, Flor M. García y Javier Villamonte. También participan los artistas internacionales: Denise Armitano Cárdenas, T. Herbonnière y Rose Lynn desde Venezuela. José Luis Monroy Antón desde España. Andros Erik Aguilera, José C. Sánchez y Frida Sánchez desde México. Alejandro González desde Colombia. Mirza Patricia Mendoza Cerna, Carlos Enrique Saldívar desde Perú y Kalton Harold Bruhl desde Honduras. En la sección *Especiales* presentamos un artículo sobre la gestión cultural de Ameth Valencia (@atrapandolibrospty) y entrevistas con los autores Eduardo Verdumen y Wendy Barsallo. Entrevistamos también al ilustrador Brasil de León y a la fotógrafa Cristina López. En la sección *Ilustraciones/fotografías* presentamos a los artistas panameños Lou Luna, Allen D. Reeves, Josseline Lisethe Aguilera Benitez, Kathy Pérez y a la venezolana María Victoria Hernández.

En artículos presentamos de México a Ana María Rosales Flores con su análisis *El exceso como fuente de horror en "La sorpresa" de Guadalupe Dueñas*, a Julio María Fernández Meza con *Un asomo al horror (navideño) de Juan José Arreola* y a mi persona desde Panamá y Venezuela con *'Gremlins': Una clásica navidad de terror y comedia*.

Bambalinas, crimen, brujería, inquietud, maldad humana y tal vez un poquito de humor encontrarán en este segundo número. ¿Qué pasa cuando las tradiciones se convierten en historias de verdadero terror? Aquí nos despojamos de las sonrisas y los regalos bonitos para adéntranos en la oscuridad y marginalidad de una época de luces y risas.

It's beginning to look a lot like christmas...

Yoselin Goncalves

# LA NOCHE DE LAS PLUMAS FRÍAS

POR: MARCUS J. ROBLES B

Más allá de Villa Lepórida o de las ciudades del Gran Imperio Úrsido, se encuentra en la región central Birdania, el país de las aves, y en su interior la montaña más grande del mundo Roca Nevada cuya falda está bordeada por el espeso bosque de abetos y en él se encuentran miles de plumíferos habitantes que desean vivir lejos de las conflictivas ciudades. En uno de los tantos árboles vive Corvin Würger, un alcaudón veterano de las guerras civiles que suceden con frecuencia en otras regiones. Desde el portal de su casa ha percibido la llegada de un forastero.

—¿Pergolero?, no puede ser ¿pergolero en estas latitudes?, ¿en verano?, ¡increíble!

Continuó observando las actividades del ave, que construye una especie de estructura en el suelo con ramas y pasto seco; una vez terminada Corvin descendió desde lo alto de su casa, llegó al suelo y se acercó con curiosidad a la estructura.

—¿Pergolero, no? es una bonita choza lo que has construido, pero ¿no crees que sería mejor hacerlo sobre las ramas de un árbol? —Comentó Corvin en tono petulante.

—Buen día, mucho gusto, podríamos comenzar por ahí.

—Por supuesto, me llamo Corvin Würger ¿y usted es?

—Inor Bower, discúlpeme, pero no he terminado, esta es una tradición cultural, pronto llegarán otros así que debo apresurarme.

Inor tomó vuelo y partió, mientras que Corvin sorprendido regresó a sus aposentos a esperar. Luego de un rato observa las actividades de Inor y ahora puede ver como trae distintas flores, frutos y semillas de varios colores. Sin embargo, los coloca

en el suelo, y dibuja patrones redondos sin mezclarse entre ellos. La pericia artística de Inor despierta un poco de incomodidad en Corvin ya que, a pesar de haber una organización sistemática de los objetos coloridos, para él la forma de colocarlos en el suelo le resultaba repugnante y poco estética.

—Ahora puedo comprender que aquella choza no tiene como propósito ser habitable.

Al día siguiente observa por la ventana y ve que la obra de Inor está vacía, inmediatamente dos aves pasan cerca de su casa, llevan maderas y otros elementos. Construyen un nuevo hogar en un árbol cercano. A pesar de los prejuicios, Corvin sabe que se aproxima el invierno y debe recolectar la mayor cantidad de comida posible. No es una sorpresa para él, pero este año resulta más difícil la recolección de alimentos debido a que la llegada de nuevos residentes ha aumentado. Encontró en un matorral algunos saltamontes consumiendo frutos secos, era la oportunidad perfecta para atacarlos, pero fueron asustados por un grupo de pergoleros que aterrizaron para devorar los frutos secos, disconforme con esto se dirigió a ellos gritándoles con violencia.

—¿Cómo se atreven a interrumpir mi cacería? Serán aves, pero se comportan como pestes, ¡sucios pergoleros!

La sorpresa en el rostro de las aves fue inmediata, y a pesar del disgusto consumieron su comida y se marcharon con rapidez.

Corvin recordó que no solo la comida era importante, se aproximaban las festividades de invierno, por lo que era muy probable que, así como la comida escasea, las mejores decoraciones

también. Para Corvin, las decoraciones festivas eran muy importantes, aunque no era muy arraigado a las creencias ancestrales, continuaba con las tradiciones que recordaba con mucha estima. Los días siguientes invertiría tiempo valioso recolectando los mejores y llamativos adornos que la naturaleza le podría brindar.

Para inicios de otoño comenzaron a nacer algunos pichones y Corvin pudo escuchar como desde la casa de Inor cantaban demandando alimento.

—¿Cuántos son? ¿uno o dos? si son dos, ¡ahora se duplican!

Observa cómo Inor y su pareja recolectaban aún más alimentos para su familia. Salió al portal y pudo percatarse que al menos esta temporada la llegada de otras aves había sido mayor en comparación a épocas pasadas, esto lo llevó a recorrer largas distancias para obtener comida, por lo que aumentará su hambre cuando empeore el clima.

Una mañana a finales de otoño Corvin se encontró con Inor en el extremo norte del bosque.

—Buenos días señor Bower, estoy seguro que realizamos la misma actividad ¿o me equivoco?

—Seguro que sí, han venido muchas más aves de las que pensamos, la guerra está haciendo estragos en la región sureña.

—Guerra, y ¿por qué no se quedaron? ¿pensó en combatir?

—No tengo porqué luchar por intereses que no son los míos, además tengo una vida nueva con Ambly, y los pequeños; ¿qué sabe usted de guerra señor Würger?

—Estuve en una, al noroeste de aquí y luchamos hasta las últimas consecuencias. La peor de ellas fue la pérdida de mi familia, luego de eso decidí vivir cerca de la gran montaña para tener paz.

—Lamento su pérdida, imploraré a Tshiporsiah para que lo ayude a sobrellevar esta tragedia.

—No hay cuidado señor Bower, hace mucho tiempo de esta tragedia, además tarde o temprano todos sufriremos, es una constante en la vida y mucho más en la frágil vida de las aves, mejor piense en usted y su familia creo que tiene dos pichones que alimentar.

—Entiendo, por ellos vivo, Vogel es la que nació primero es muy lista, y Pok nació un poco luego suele ser algo despistado.

—Les deseo una próspera vida, nos vemos luego.

—Claro, permítame invitarle un día a mi hogar señor Würger, y tal vez podamos compartir una cena amena. — Corvin asintió con la cabeza, miró al noroeste un momento y voló de vuelta a su casa.

Llegó el invierno y las viviendas quedaron decoradas con los más curiosos diseños, los más elaborados poseen metales pulidos y piedras brillantes. Entre las casas que destacan está la de Corvin Würger, decorada con estrellas plateadas y textiles azules, un conjunto simétrico en comunión con las estatuillas de madera que simbolizan la divinidad aviar. Corvin estaba satisfecho, incluso pensaba que podría ser reconocido como la mejor decoración, desafortunadamente grupos de aves lo dieron a conocer como indeseado, y comenzó a ser popular entre los jóvenes molestarlo, algunos tiraban los adornos al suelo, otros llegaron a robar objetos y esto fue colmando el espíritu navideño de Corvin, quien comenzó a elaborar terribles estacas de madera. Reforzó los adornos con cuerda y clavó sobre la entrada varias estacas, que intimidaron a varios de sus vecinos. Las bromas constantes se hicieron más severas incluso a molestar a Corvin de noche con ruidos extravagantes mientras dormía. El temperamento de Corvin estaba llegando a su límite, Inor percibió esto y lo invitó a cenar a su casa, Corvin accedió a pesar de no estar de buen ánimo, la falta de sueño y el enojo lo había hecho mucho más aislado que antes. Más tarde en la noche iría a la casa de los Bower a cenar.

—Gracias por la invitación, estoy muy agradecido. La comida estuvo muy agradable.

—Nosotros estamos agradecidos con su visita, sabemos que ha vivido mejores días, pero gracias al Tshiporsiah usted está aquí con nosotros. — Respondió Ambly con la voz gentil que la caracterizaba.

—Preferiría no agradecerle al Tshiporsiah, tal vez ustedes pueden, que han sobrevivido y gozan de una buena familia, en mi caso él no estuvo presente cuando más lo necesitaba.

—Creo que es mejor dejar pasar el tema Corvin, no hagamos esta noche una experiencia negativa.

—Un grupo de pequeños pájaros ha estado molestando en mis aposentos y veo que su Pok fue lastimado por una de mis trampas, creo que tenemos un asunto que resolver y yo aún tengo mucha hambre.

La mirada de Inor y Ambly se encontraron de forma desesperada y antes que pudieran cruzar palabra con Corvin, este se abalanzó sobre Pok, Ambos padres se abalanzaron sobre Corvin, pero fue demasiado tarde, su habilidad de combate no pudo ser superada y cuando apenas intentaron hacer ruido, sus voces fueron aplacadas por la velocidad fulminante del alcaudón.

Solo Vogel se encontraba bajo la mesa, temblando de impotencia y negación, pero pudo escuchar la voz de Corvin.

—Sé que has escuchado de mí, sé que no es la primera vez y te preguntarás qué debes hacer, pero sabes muy bien que no puedes huir, aunque te permito esta opción: vuela cuanto puedas al sur y cuenta la historia de que paso aquí. Si puedes hacer eso por mí, estaré muy agradecido.

La joven Vogel voló tan lejos como pudo y tal vez fue rescatada por otro grupo de aves. Cuando los vecinos despertaron se encontraron con el horror no en la casa de los Bower, sino en la entrada de la casa del señor Würger porque ahora no solo los metales y las piedras decoraban la morada, también el cuerpo de tres aves clavadas, con las tripas colgando como guirnaldas y los huesos amarrados con las esculturas. Sobre el piso estaba escrito en sangre: *'Es una tradición cultural'*.

# ATRAPAGATOS

POR: DENISE ARMITANO CÁRDENAS

Dicen que, antes de recibir el golpe fatal y estallar contra el piso, el último reflejo en las coloridas esferas de vidrio metalizado que decoraban los árboles de navidad solía ser la figura de un gato.

Cuentan también que, cansados de verse jaloneados, sacudidos, despeinados y derribados en las juergas y travesuras de los felinos, los pinos —naturales y artificiales— hicieron un pacto de magia con los abalorios destruidos por aquellos ataques sistemáticos.

A partir de entonces, en cada Nochebuena, numerosos gatos desaparecieron misteriosamente.

Al acercarse en ufana e irreverente actitud su imagen era capturada y, con ella, el alma y cuerpo del animal quedaban atrapados en otra dimensión.

Hoy, el brillo del plástico ha sustituido al de los adornos cristalinos de antaño que aún sobreviven en buhardillas y en el mercado del coleccionismo navideño, para beneplácito de quienes aprecian el encanto del pasado y para el secreto alivio de los pinos modernos.

Varios testigos han dado fe del poder de estos ornamentos, de los que los félidos domésticos rehúyen con prudencia. Hay quien asegura que, lejos del bullicio de nuestra contemporaneidad, se pueden escuchar maullidos quejumbrosos encerrados en las antiguas, pero aún relucientes bambalinas.

# DEMENTE ANTES QUE ÁNGEL<sup>1</sup>

POR: ANDROS ERIK AGUILERA

Me despierto como todas las mañanas sin abrir los ojos, sin moverme de súbito o alterando mi respiración. Siempre me quedo quieto y parece que sigo dormido, diríase que casi muerto, como los gatos o los ángeles de granito desmayados sobre las tumbas. Hoy me siento particularmente cansado; con estática en los miembros. No quiero levantarme. ¿Para qué? La vida se repite en el purgatorio *ad nauseam*. No obstante, esta blanca navidad noto algo distinto: las correas que me abrazan a la cama.

Abrir los ojos es una explosión redonda que eclipsa mis pupilas; destello ciego de la muerte blanca. Entonces siento el frío pegajoso de los electrodos en ambas sienas, y antes de que pueda quejarme una mano enguantada me introduce una segunda lengua de madera en la boca, que me sabe a otoño. Las potestades de blanco se niegan a aceptar que tratan con un cadáver. ¿Creen que así podrán revivirme? Todo se vuelve borroso cuando escucho el ronroneo de una bombilla que se enciende.

Al toque, aterrizo en un bosque oscuro, azotado por la lluvia diagonal de las catástrofes y por los relámpagos de argón; al final, todos los rayos vuelven. El viento agita los follajes con furia desaforada. Azote de mil alfileres sobre mis mejillas, las esquirlas de granizo y roble. Eso, pisar las uvas, el despojo, y llorar mientras se mastica vidrio. El camino estrecho es una alfombra empantanaada de huesos y hojas secas que truenan a cada paso que doy, viajero desorientado bajo la tempestad, en peregrinación errante hasta el ciprés

en llamas que me da calor y me hipnotiza como un altar.

El fuego acaricia mis ojos con sus ondulaciones efímeras y fantasmales, de amarillos estridentes y rojos profundos. Con ronco crepitar, su lengua cálida me murmura al oído palabras desojadas que no puedo entender, como si fueran un rezo antiguo. Voces entretajadas de la desesperación avivadas por el aire de la tempestad. El murmullo se erige en rugido, heptápodo ígneo, se expande y reposa en cada rincón, y me envuelve en su sonoridad.

De pronto me hallo en el corazón del fuego. Es una estancia cálida y palpitante de paredes cristalinas. Es un prisma de puertas infinitas en dispersión refractada por vértices; ¡oh esquina roma!, hogar del coco bizco y de las furias diagonales. La primera puerta que abro da a un clóset. Entre los visillos me llega la voz de mi madre que me dice que los monstruos no me harán daño porque para eso están los ángeles, para cuidarnos; pero su convicción nunca me convenció del todo.

Me asomo con resquemor y me veo de niño acostado en mi vieja cama, con las cobijas hasta la nariz, temblando. Mi madre pasa su mano por mi cabello rebelde para tranquilizarme. Toco instintivamente mi cabeza rapada; los diminutos cabellos nacientes raspan mis dedos y de inmediato me entra la nostalgia de los desiertos. Mamá habla otra vez del arcángel Uriel y de su espada de fuego justo. Desde entonces, al oír su nombre me imagino la figura de un soldado pretoriano mezclado con Ghost Rider, azote fantasmal y cadavérico de los pecadores. Mamá dice que el fuego es renovación

---

El título hace referencia a un verso del poema "Antonin Artaud" de Emiliano González. Las palabras en cursivas son otras citas de dicho poema y del "Uriel" de Ralph Waldo Emerson, así como de Cioran, Borges, Sor Juana, Santa Teresa y del Apocalipsis apócrifo de Pedro.

porque en sus llamas se manifiesta la furia benevolente de dios, porque arde, pero no consume, porque ilumina, calienta y da vida, pero no elimina. Es lo más parecido a su voz en nuestra realidad, concluye, y promete que si soy valiente yo también seré un ángel. Pero luego, más tarde, cuando haya vivido muchos años de alegrías y penas por igual, hasta el punto en que me falte el aliento y mi corazón se apague de a poco, cerrando mis ojos mortales para volver al polvo. Entonces sentiré un vigor florecer ahí, donde antes estaban mis piernas y de mi espalda brotarán alas y mi mano se fundirá en una espada que jamás dejará de arder, porque seré el escudo de los débiles, antítesis del pecado.

Imagino ahora la metamorfosis en ángel y me asusto. Presiento desde ya el cosquilleo en los pulmones antes de que se me despeguen las costillas para formar el armazón de las alas, que al principio serán como una hernia en mi espalda, hasta que la piel se desgarre, vencida, y brote una fuente de sangre en la erupción que traerá consigo un ramillete de ojos irritados.

Pero el dolor no se detendrá ahí, estoy convencido, porque las pulgas se le pegan al perro más raquítico.

Se me caerán las uñas de la mano derecha y mi piel se pondrá al rojo vivo, y sufrirá cada embate del martillo invisible del Señor, que forjará la delgada hoja de su acero invencible con mi piel renovada de las cenizas; finalmente, tras temprarla en lágrimas de arrepentimiento, me regalará la chispa de su gracia eterna para encender el corazón de mi espada y llevar así su faro al valle de las sombras donde nunca más temeré mal alguno.

Mi madre se aproxima con celeridad al clóset que me asfixia con su atisbo de beatitud para demostrarle a mi yo niño que no hay monstruos ahí adentro. No me da tiempo de regresar al cristal. Me agarra por sorpresa, paralizado en mi arrebató místico. Cuando abre las puertas suelto un pequeño grito de sorpresa, eco de mi terror infantil. Pero no era yo en mis recuerdos, bien lo sé: era y siempre fue la silueta recortada de mi padre con sus manos ocultas tras la espalda, sujetando el silicio de mis penas.

Grito y de mi garganta sale una vorágine de llamas,

y de mis encías, carbones ardientes como un torbellino que pronto envuelven toda la habitación; todo se mezcla en una gran hoguera de tempestad que termina por devorarme entero.

Siento cómo mi piel se calcina y me retuerzo en el suelo. Sonoro requiebro de mi espíritu que se niega a recordar. En el clímax del dolor me despego de mí. Soy como un fantasma en la oscuridad y ahí, en el limbo de la expiación una voz cruza el vacío hasta mí; me acaricia y levanta. Habla del cuerpo de Cristo, creo. Me concentro en ella y de a poco la oscuridad es apenas un punto en el centro de una botella negra. Son los viejos días del catequismo, en los albores de mi primera comunión, cuando sentía unas ganas invencibles de probar la sangre de nuestro Señor, el íntimo dulzor de la granada; si no de la copa de Uriel, de su ala bañada en la fuente del costado santo. Por eso le pregunto al cura, que me mira con horror e indignación cuando me acerca la copa llena de púrpura espesor, si es sangre de verdad. Niega con la cabeza varias veces. Dice que es metafórico y de puro coraje le muerdo la mano, como si no fuera mi padre y su rígida toga no me diera miedo.

Muerdo y mis encías hacen la comunión con el pasado. Sangre de mi sangre. Carne de mi carne. Degluto el bocado y una sensación de paz recorre mi cuerpo. He sido tocado por Dios, he comulgado con su piel, y ahora vive en cada poro de mi cuerpo, o eso creo antes de que el cinturón azote en mi espalda y su huella roja de culpa me haga recapacitar que no fue así, que más bien he tomado la ostia del diablo y que en ella duerme la semilla del fuego.

Era el principio del fin, justo como mi madre decía: del bien nacerá el mal, el cielo arderá y el mal bendecirá. Por eso estoy condenado. Hace varios años que sé lo que me espera y estoy resignado a beber el fuego de las lamentaciones por toda la eternidad, pero jamás imaginé este castigo de llevar por siempre la marca de Caín.

Soy un cuerpo sin alma que vaga en el mundo sufriendo todo tipo de laceraciones sin la liberación final de la carne. Putrefacto y respirando, ¡qué martirio! Por eso escupo la lengua de madera y les grito, les ordeno que me saquen de

aquí, ¡oh blancas potestades!; la electricidad me hace cosquillas y eriza mis recuerdos. Y yo, yo quiero olvidar que soy sangre y fuego, sahumero de mi jaula. Mi lengua es un lecho de clavos y mis ojos, un reloj de arena. No quiero la luz con sus contornos definidos y sus rayos torcidos. No quiero sus hilos enquistados en silencio, que dejan al descubierto los paraísos perdidos. Por favor, le digo la potestad con lentes y pluma, concédame la sombra, para que pueda tallar a solas con la sangre de mis uñas un rosario de aflicciones.

La luz es artera y falaz, ilumina mentes llanas y místicos corazones en profundo desvarío. Yo estoy lúcido de oscuridad y rencor. No me engaño. No veo en el espejo sino el reflejo de un hombre todo de negro. Un ninja moderno, un caballero oscuro en su castillo de nubes. El palacio de mis afectos. Pero la potestad, custodia de las fronteras, me pregunta cómo es él, el de negro; porque teme que sea un espíritu maligno del aire. Podría ser fácilmente un maniquí, confieso, porque no detecto ningún rastro de piel en él. Capas de tela y cuero envuelven su fisonomía, luego callo.

En silencio me quedo rumiando las metáforas que se amontonan rubicundas alrededor de mí. Lo cierto es que no estoy siendo retórico. De verdad veo al hombre maniquí. Está allí en el espejo detrás de la potestad, juzgándose en silencio, porque no tiene rostro; mueve un brazo y me saluda con la palma abierta en movimientos elípticos y breves, mecánicos, hipnóticos; se lleva la mano a la cara y con el dedo indicante me pide silencio. Al instante escucho el crujir de una llave que gira en su cerrojo, cerca de mí, quizá detrás de mi nuca, y eso me paraliza. En algún lugar del mundo alguien tira un vaso de cristal y la potestad ni se inmuta.

Cuando logro salir del estupor intento gritar, pero no hay ruido, no se escucha nada. Respiro hondo para volver a intentarlo y mi cuello se tensa, siento palpar las venas de mis sienes. Me da vértigo. Me duele el cuello y la cabeza. Se me nubla la vista con lágrimas. Me quedo sin aire y casi me desmayo sin obtener resultados.

No cabe ninguna duda: me he quedado mudo.

El hombre maniquí del espejo se da media vuelta en su margen cristalino y camina lejos de mí, indife-

rente. La potestad pierde el equilibrio y se disipa en el aire. Corro al espejo, atado de brazos, pego mi cara a su superficie; apenas alcanzo a distinguir que el hombre maniquí se dirige a la cocina. No la de este precinto lúgubre, sino la de mi infancia. Miro hacia allá en mi propia dimensión y por arte de magia me hallo atrapado en esas paredes marcadas por mis rasguños. Es una trampa. Fue el aroma, el artero aroma del pastel de frutas de mi madre el que me condujo aquí. Me ata a mis recuerdos. Un ardid de la potestad, ¿quién si no? La verdadera pregunta es: ¿cómo lo hizo? Su reloj, claro, ese reloj de bolsillo reluciente como la luna. Tengo mucho sueño. Tengo mucho miedo. Pero eso no importa. Debo enfrentarme al espejismo del demiurgo, porque el hombre bien puede ser obra del azar o de los demiurgos malévolos.

Tres veces le grité a mi padre, en un ímpetu de aniquilamiento, que el demiurgo, así como el mundo, es sombrío e infernal por esencia, que era mejor escapar de uno y del otro con fuego porque arde y devora. Sol invicto no me quemo cuando vuelvo a nacer. Y él me azotó siete veces por blasfemo.

Con ansia y amargura intenté cosechar los frutos de su afecto, pero no pude. Mientras tanto, el demiurgo no me ignoraba; al contrario, puso ante mí un espejismo de carne y hueso. Carne mortal de pálidos fulgores y una mata de pelo roja como el deseo. Ya la había visto antes, en la catequesis, pero esa vez, en el plano onírico fue una revelación de ese otro fuego que arde en nuestro interior. Era una altiva aflicción, un subterfugio de la locura que bulle en las venas. ¡Qué ansias de hundir labios y manos en la mollicie de su blandura! Bien sabía yo que el diablo se deslizaba entre sus ojos cuando me miraba, pero ella debía ser mía, y por eso me deleité en sus abismos mientras el tiempo se emponzoñaba de remordimiento, porque nunca hallaron dónde la escondí.

Por eso no puedo reconciliarme conmigo mismo ni con la prisión de mis pesares. Quiero cerrar los ojos para siempre e ignorar los senderos del hombre maniquí, porque son los senderos de mi infancia. Ímpetu y tormenta. Castigo y rencor. Pero las moscas no me dejan. Primero es un zumbido solitario. Después otro y otro, multiplicándose expon-

encialmente. Un enjambre enfurecido en derredor mío, volando en trayectorias aleatorias como trazos esquizofrénicos.

No estoy seguro de si esa imagen la veo por medio de mis oídos o si es producto de mi imaginación, así que abro los ojos para espantar a las moscas ficticias, pero siguen ahí, sobrevolando una especie de altar en la mesa del comedor, en torno al pavo de mi última navidad en casa, en torno a la copa y la ostia. Parece que hay una persona sentada en la mesa. Tomo la vieja lámpara de estaño con adorno rococó que mi madre tanto adoraba por sus inscripciones en latín, las cuales jamás llegó a entender y armado con ella vuelvo a la cocina, dispuesto a defenderme. La persona en la mesa viste igual que yo, con este pijama de color azul triste. Frente a sí tiene un gran tazón de cereal que devora cucharada tras cucharada. Pero mantiene el rostro desdibujado, pese a que estoy a menos de metro y medio de distancia. Sólo tiene el agujero de su boca. Deja de comer y dice: ¿tú los llamaste?

Siento un dolor en el pecho. Parpadeo varias veces incrédulo. Es mi voz. Me ha robado mi voz. En ese momento alguien empieza a aporrear la puerta principal, allá en la sala. Es la policía.

—¡Abran la puerta!

Fue el aroma lo que nos delató, dice el hombre del cereal. Mi estómago se revuelve anunciando las arcadas. Quiero huir, quiero perderme, así que corro a mi habitación para ocultarme bajo la cama, pero en cuanto cruzo el umbral de la puerta me siento mareado. No están mis discos ni los posters ni mis libros. No está como recordaba, ni si quiera la ventana. Es casi como si... el hombre del cereal se ríe muy fuerte y pregunta a gritos: ¿Cómo si la casa estuviera al revés? Es cierto: se trata de un calco exacto, pero invertido. Eso no puede ser verdad. Mi padre esbozó y construyó esta casa; era su orgullo. Siempre decía que Dios dirigió su mano en cada trazo y que por eso cada muro, puerta y ventana estaban hechos a su imagen y semejanza, que sus proporciones eran benditas porque son las que siguieron Noé y Salomón.

Siento el hálito grotesco del hombre del cereal en mi oído cuando susurra:

—Sabes de quién es esta casa.

La puerta se viene abajo y con ella el día. como si alguien hubiera apagado la luz. Un grupo de policías entran con sus armas desenfundadas y linternas cual mira láser. Registran las esquinas y cada habitación, y en su prisa por recorrerlo todo pasan a mi lado sin verme. Entonces iluminan el rostro borroso del hombre sentado en la mesa, comiendo cereal con toda la calma del mundo. Pronto está rodeado. Qué peste, dice uno, y alguien más, al iluminar la cruz de la sala, grita:

—¡Qué demonios!

Un perro crucificado ocupa el lugar de nuestro redentor. Nunca tuve uno porque papá los odiaba o eso me dijo. El primer policía que entró mira de reojo, se pone más nervioso —su haz de luz baila un poco— y le vuelve a ordenar que suelte todo y se rinda. El hombre sin rostro sonríe, se queda quieto con la cuchara al aire, a medio camino entre el plato y la boca, al centro de las luces que lo bañan. Ahora todos pueden ver los grumos morados y gelatinosos en la cuchara.

El policía que se quejó del aroma es el primero en descifrar el enigma:

—Eso no es cereal, musita casi tartamudeando.

Me siento en una misa especial. Es la ostia, pienso, es el cuerpo de Cristo. Christ-mass. Arrojado por la oscuridad, la lámpara en mis manos se vuelve cáliz; sé que debo acercarlo a mis labios y su mar de linfa con sabor metálico desborda mi boca. Siento escurrir por mi cuello ríos púrpuras y me deshago en un ligero éxtasis. No soy más que un manojito de ansias.

—Baja la cuchara y pon las manos detrás de tu cabeza.

Ordenan todos casi al unísono, con un hilo de voz.

—Así que es mi última cena— dice al fin el hombre sin rostro.

Todos lo escuchan, todos tiemblan.

Entonces, el hombre sin rostro, mi pastor, se abalanza sobre el primer policía con la cuchara en alto, para bendecirlo con el estigma de la cruz en su frente. Los policías actúan rápido. Una ráfaga de tiros lo atraviesan y yo desvío la mirada, porque en esos segundos de ajeteo, veo mi propio rostro en el lienzo cutáneo y borroso del hombre del cereal.

El pecho empieza a dolerme como si fuera yo el cuerpo hecho coladera. El silencio retoma su tiránico reinado y con él viene la oscuridad total.

Cierro mis ojos para olvidar, para alcanzar la paz de los sepulcros, lejos de mi casa y de la otra, la original, la que no está torcida. Ahora todo huele a cadenas oxidadas y ese aroma me pica la nariz por dentro. Extiendo los brazos para encontrar algún interruptor en las paredes y avanzo como un ciego en la cuerda floja del vacío, esa oscuridad que parece nada, ese funambulismo visual y ontológico de los sonámbulos. Me lleno de musgo y pátina a cada paso, porque caminar en el corazón de las tinieblas es como nadar, es como bucear en los oscuros rincones de la conciencia.

Por fin, tras unos largos minutos de incertidumbre negra se hace la luz, una pálida, blanca e intermitente; y yo vuelvo a abrir los ojos despacio, muy lento. Estoy en el baño recién pintado de carmesí. Yo mismo estoy pintado de rojo, de pena y de ira, de vergüenza y de amor. Lo veo en mis manos y en mi pijama azul. Me siento renacer. Hay un rastro de grumos morados en el suelo hasta la tina del baño, llena de un mar vinoso. Migas de pan, del pan de Dios.

Miro al espejo del lavabo y ahí está el hombre maniquí. Se lleva ambas manos a la cara teatralmente, como si quisiera taparse los ojos para llorar, y sus manos empiezan a echar humo, como si fueran de ácido. Conforme va arrastrando los dedos por los surcos de su rostro hasta el cuello, la tela negra va cayendo hecha jirones. Reconozco el mentón partido, la nariz respingada, los ojos penetrantes, pozos sin fondo y el cabello negro, alborotado. Es mi padre. Soy yo. Es ese muchacho con la vida perfecta que no tuve.

Es y somos el negativo del hombre del cereal. El cerrojo en mi nuca vuelve a chirriar y lo entiendo todo. Despego los labios y siento como si fuera deshilando las suturas que me mantenían mudo. Lo sabía, grito al fin:

—¡Soy un cadáver sin alma, muerto a la vida y a la muerte vivo! ¡Vivo sin vivir en mí, condenado a cargar con esta piel que no es mía! ¡La carne del pecado! ¡Sangre de mi sangre! ¡Carne de mi carne!

Lo encontré por azar. Dos gotas de agua perdidas en

la inmensidad del mar. Vi su casa por la ventana del tren que tomé una mañana distraídamente, porque la navidad estaba cerca y madre estaba muerta; y lo supe al instante. Su fachada era la misma, pero más bonita. Era como una cruz invertida y tentadora.

Me acerco a la tina despacio, no porque no quiera acercarme, sino porque es un momento solemne. Contemplo mi reflejo en su superficie oscura. Esta vez no hay otro yo. Me siento tentado a meter las manos en esas aguas pantanosas, junto a la isla de cabello flotante, como cuando caminé hasta su puerta y ahí, humillado y roto, vi la sonrisa de su habitante, junto la de mi padre, y me dolió cada diente que él me tiró a golpes; y sentí rabia.

Al borde del abismo, abandoné para siempre el sueño de mi madre, el de ser un ángel, porque por mucho que atraigan las alturas, es en la sangre donde se bañan los antepasados de la locura, y penetré en su morada sin invitación, y el otro que se me parecía rezó y lloró.

—No temas —le dije—, porque estás conmigo; tu casa es un monumento a Dios, pero también es un prisma vecino al infierno donde nací. Tuya es la gloria y mío es el castigo. Yo soy la espada feroz de los alcohólicos y del hada, y tu muerte es mi designio.

Lo dije frente a nuestro padre, con la espada de Abraham en lo alto, y antes de que vistiera la piel de su cordero favorito, le serví una parte de mi carne y de mi sangre para que supiera cuál es el sabor del pecado y la corrupción, para que supiera cuál era el otro legado paradójico de nuestra carne, porque, así como Dios creó el cielo y el infierno, él nos hizo a su imagen y semejanza, pero con fines distintos.

Dos reinos gemelos, separados por la amargura del espíritu.

—¡Por eso debes alegrarte, padre!, ¡Porque hoy renace tu hijo, y le hice beber del cáliz y después rebané su carne y comí su lengua y volví a nacer, sol invicto, bajo mi nueva piel renovada, pero a cambio mis alas se incendiaron y mis esperanzas se tornaron amarillas, ictericas y putrefactas! Y aunque deseo la muerte no me atrevo a rogar por ella. Porque mis plegarias serían vanas. Palabras

vacías de sentido. Por eso escogí el camino del fuego. Volveré a nacer como el sol en el día más corto del año.

Tomo los cerillos y el alcohol y trabo la puerta para que no entren las potestades.

Al instante de la fricción con la superficie rugosa del fósforo rojo, cristal pulverizado y pegamento, viene la flama azul que reconforta y da vida. Entonces, poco antes de que acabe todo, lo entiendo por completo: antes que ángel, yo fui el corazón del fuego.



**Allen D. Reeves**

*Alter Santa*

Santa no solo regala en navidad, también castiga en noche buena.

# LA RECETA SECRETA DE LA ABUELA

POR: JISEELL MARTÍNEZ

Ochenta y un años habían pasado desde que un cometa visitaba el planeta. Era la oportunidad perfecta para reunir a la familia, el poder de los cuerpos celestiales siempre fue una fuente de magia valiosa al momento de realizar rituales.

La misión debía llevarse a cabo tal como le indicó su padre. En sus manos estaba el futuro, no podía darse el lujo de fallar.

Corría la noche buena; el cometa ya podía divisarse desde lo alto de la colina. Alba y Jeremy emprendieron el viaje en busca de la mítica energía; tenían regresar antes de la cena navideña, de ello dependía su cometido.

Recorrieron el camino extasiados por llegar a la cumbre, el cielo carecía de nubes y diminutas estrellas hacían gracia de su hermosura; el ruido de la noche era ensordecedor, anfibios, aves e insectos interpretaban un concierto magistral; múltiples ojos brillantes, rojos y amarillos los observaban desde el follaje. La luna era un ser glamuroso y temía por el suceso que estaba a punto de ocurrir.

A través de sus satélites conocía la historia de otros planetas, el peligro era inminente, por eso, brillaba con todo su esplendor, necesitaba llamar la atención; pero, todo ser humano se mantenía buscando nuevos atuendos, preparando la cena, bailando al son de los combos nacionales, tomando pintas, ron ponche y vino.

La colina guardaba silencio ante los pasos de ambos; marchaban al son de la fría brisa decididos a realizar la ceremonia. Llegaron a la cúspide y ahí estaba, deslumbrante, altivo, haces de luces verdes,

azules y doradas con muchos degradados formaba su cola. En sus ojos se reflejaban los ramilletes de colores, sentían la fuerza sagrada, el hielo y polvo retornando, paseo místico desde tiempos inmemoriales.

Se mantuvieron sentados dentro de un círculo de piedras; tomados de la mano rezaron una plegaria inentendible. El cometa permanecía indiferente ante tal acto mientras la luna gritaba a todos los vientos, la marea estaba enojada, los seres de la noche se mostraban inquietos, la atmósfera se volvía densa.

Las plegarias terminaron y de modo bestial se despojaron de sus ropas; Jeremy se acostó boca arriba mirando fijamente el espectáculo celestial. Alba se colocó una corona de espinas; la apretó con tanto vigor que comenzó a sangrar. Se posicionó encima de Jeremy e inició la cópula. Con movimientos circulares, bien controlados; ella tomó una daga y cortó una de sus muñecas, la sangre goteaba hacia la boca de él, quien bebió el elixir de la vida, como un neonato del pecho de su madre. Llegado el clímax, hizo una incisión en la parte baja de sus costillas; una sustancia turbia comenzó a emanar acompañada de gritos de dolor; tomó un recipiente, una pequeña botella de cristal y depositó el líquido. Asíó la daga y la elevó al cielo, acto seguido, la clavó en el corazón del muchacho.

—Muchas gracias por tu sacrificio.

El cielo comenzó a nublarse y poco a poco el cometa se hizo invisible, siguiendo su recorrido por el cosmos e ignorando que había sido utilizado

como instrumento mágico.

Alba comenzó a descender la colina y observó su reloj, todo iba perfecto, llegaría antes de la cena navideña. Una leve lluvia comenzó a descender; los caballos, las aves y demás especies daban alaridos a su paso. Sentían el peligro desplegarse por el aire.

En casa todos estaban jubilosos, quedaban pocas horas para el veinticinco de diciembre, el nacimiento del niño Jesús. Los primos presumían sus nuevos atuendos; los tíos escuchaban música y bebían algo liviano. El ambiente estaba impregnado de jengibre, mantequilla, pavo y el delicioso gravy, la receta secreta de la abuela. Nadie sospechaba que la menor de la familia había estado ausente, ella siempre se aislaba, era una "rara", no le gustaba convivir. Sin embargo, en Navidad ocurren milagros, y estaban a punto de presenciar uno.

El reloj marcó las 11:30 de la noche cuando escucharon risas estrambóticas provenientes de las escaleras. Quedaron atónitos, Alba no solía lucir ropa nueva en Navidad; vestía una elegante indumentaria en color rojo, botas altas negras y el cabello recogido. También notaron una venda alrededor de su muñeca; pero, debido a la víspera, prefirieron no indagar. Le saludaron y volvieron a estar risueños, cada uno en lo suyo.

Una lluvia como esa de noches de tormenta, donde un asesino serial aprovecha para acorralar a una víctima desprevenida, caía con intensidad dejando un sabor agrio a la noche buena.

Las viejas campanas de la catedral pregonaron el momento esperado. Abrazos, besos, felicitaciones... ¡Era Navidad! Esta vez todo sería diferente.

Alba auguró mejores tiempos y dio las gracias. La familia admirada por aquellas palabras, no hizo más que aplaudir y asentir. Estaba impaciente, las heridas en su cabeza comenzaban a agrietarse, el maquillaje estaba cediendo y su muñeca le producía cada vez más dolor.

La cena se sirvió; la abuela notó un color impropio en el gravy, lo revolvió y pareció tornarse normal. Suspiró aliviada, su receta maestra no podía echarse a perder.

Se hizo el tradicional brindis y el padre comenzó a cortar el pavo. Estaba delicioso, solo la abuela pudo notar un sabor diferente en la salsa y miró al resto esperando una reacción, pero no la obtuvo. Fue mayor su desasosiego cuando se percató de que su nieta no ingería bocado y que solo fingía hacerlo. Notó las heridas en su frente y la venda en la muñeca estaba humedecida.

Como cuando el cazador se topa cara a cara con su presa, de esa manera, las miradas entre abuela y nieta se cruzaron; ambas sabían que algo estaba mal. La mirada de Alba era oscura.

Comenzó a sudar frío y se dirigió al baño. Un mal palpito la agobiaba. Tocaron la puerta.

—Abuela, soy yo, déjame entrar, debo confesarte algo.

No deseaba abrir, un terror la invadía, pero al mismo tiempo se negaba a creer que su nieta fuese malvada. Decidió permitirle entrar, la abrazó y estalló en llanto.

—Tranquila hija, cuéntame qué te ocurre.

—Ay abuelita, déjame un momento a solas y cuando salga, prometo que te diré.

La abuela asintió y le dio la espalda para salir del baño; nunca ocurrió, lo último que sintió fue un agudo dolor en un costado.

El clima no permitió que la familia fuese a visitar a los vecinos. Les tocó quedarse bebiendo y comiendo, no fueron conscientes de las erupciones que se apoderaban de sus pieles.

La mañana de Navidad se adornaba con un sol esplendoroso, se oía el recalentado en todo el pueblo, con excepción de la casa de Alba. Ahí había un olor a muerte y podredumbre. Todo estaba impregnado de sangre negra y, quienes alguna vez fueron cuerpos, parecían haber explotado como pus al salir de un absceso.

Frente al tocador de su habitación, observaba sus nuevos ojos, antes color café; ahora, verdes agua. De un tirón arrancó el cuero cabelludo y en su lugar, emergieron pequeñas estructuras de hielo. Filamentos de sangre se desprendían desde las heridas de su cabeza, dejando al descubierto otra piel. Pústulas estallaban por todo su cuerpo; con mucha paciencia y empeño levantó la dermis y la arrojó al suelo. El nuevo cutis asemejaba el terciopelo

pelo, textura elástica, tonos verdes, azules y dorados la adornaban. Sentía una gran satisfacción, su padre estaría muy orgulloso de ella; ya era hora de que la familia estuviera unida; tantos años fingiendo ser una terrícola, tan sola y hastiada de una especie dañina como el mismo Caos. Le faltaba poca piel por desprender, sentía ansiedad por reunirse con ellos, ya debían estar por toda la casa; lástima por la vieja metiche, algún miembro de su familia tendría que esperar ochenta y un años más para poder mudar su piel.

# LA SANGRE DEJA HUELLAS

POR: ÁNGEL ZAPATA

Su nuevo hogar no era el palacio que soñó. Delicada, frágil y acostumbrada a la vida ostentosa, se encontró con un viejo caserón donde ni las ratas vendrían a morir. La idea de una vida allí le resultaba angustiada. Sin embargo, para Isabel, era su íntimo juramento —*animae duae, animus unus*— lo que la mantenía firme en sus ideales. Muy seguido, lanzaba una inquieta mirada a cada rincón de la casa, como sorprendida de que los muros siguiesen en pie. José Luis, el esposo, sentía por el contrario un gran apego por sus cimientos, pues habían sido erigidos por su difunto tatarabuelo como refugio en los días de la francesada.

Diariamente, y como era de esperarse, Isabel vivía añorando con regresar a la ciudad de sus amores —dieron el “sí” en la Iglesia de San Antonio de los Alemanes, era la Navidad del cincuenta y nueve—. Sin duda, a casi un año de su unión, hubiese preferido estar recorriendo las calles de Chamberí. No obstante, su fidelidad como señora de Sampedro no le permitían soñarse más allá de aquellas cuatro paredes.

Cárcel convertida en casa... casa que encarcela el alma. El hogar resguardaba sus secretos —anhelos, miedos y frustraciones— de tal forma que pronto se convirtió en su confidente. Dentro, el olor a resina y a moho lo envolvía todo, sumergiendo a la mujer en profundas consternaciones. Solo los pasos del marido parecían sacarle de su letargo, como si un carcelero se acercara con lentitud a sacudir su jaula. Al despertar, la angustia persistía en ella.

La mujer iba y venía, deambulando en búsqueda de un umbral que diese paso a su antigua vida. Imposible no evocar la Madrid de Pedro de Ribera, de Malasaña de Ortega y Gasset. Conforme los días pasaron, su pesquisa resultó en una llave forjada por el pincel de Paul de Vos, la imagen del ciervo siendo acosado por una jauría, y abrió una puerta que permanecía cerrada.

Esa ausencia de realidad, lejos de darle paz, desembocó en alucinaciones y malestares. Según decía, unos perros venían tras ella. Isabel pronto receló de dormir por miedo a ser devorada. Las noches pasaron y el peso de la fatiga por fin la agotó, aunque a la mañana siguiente despertara de golpe por unos ladridos. José Luis no terminaba de entender sus quimeras, pues no había perro u hombre a quinientos metros a la redonda. Solo se permitió aconsejarle guardar calma y descanso absoluto.

—¿No los oyes? —preguntó al esposo, señalando a la puerta de la recámara. ¡Tienes que oírlos! — Su voz nerviosa era evidente— ¿Cómo es posible que no los oigas? ¿Insinúas que estoy loca? ¡No lo estoy! Si mañana despierto devorada por canes, no me llores.

Temprano, a la mañana siguiente, despertó con los ropajes destrozados y con mordidas en sus brazos y piernas. Hubo que traer al doctor quien constató que, en efecto, no eran dientes humanos: diagnóstico nada satisfactorio para la familia Sampedro. Después de ser medicada, Isabela por fin pudo dormir, aunque visiblemente afligida. José Luis, con hondo pesar, permaneció sentado al

lado de la puerta sin quitarle la mirada de encima. El silencio reinaba en la habitación. El esposo permanecía vigilante sin descuidar el descanso de la esposa. Se levantaba solo para estirar sus piernas y besarla, con temor palpable de perderla. La luz daba paso a otra noche.

De vez en cuando se oían las goteras retumbar en algún rincón de la casa, pero nada perturbaba la guardia del hombre... nada, excepto el cansancio. Isabel empezó a padecer ataques de pánico, náuseas y delirios: síntomas que poco a poco se acrecentaban. La mujer, con rostro pálido y ojos mustios, permaneció inmóvil por horas. Una noche se desnudó frente al espejo. Tocó su cuerpo en una especie de ritual y sus pies parecían flotar con cada salto que daba.

—¡José Luis! ¡José Luis! —clamó en trance, sin siquiera parpadear.

Él saltó del taburete y ella dio un grito de horror.

—¡Los perros vienen por mí!

Isabel lo miró acongojada, acarició su rostro, dejándose caer para ser tomada en brazos, sonrió y cerró los ojos viendo a su amado romperse, acercando sus labios a su oreja para compartirle algún rumor secreto. El marido no supo qué hacer, pensó en llevarla muy lejos, pero quizá allí irían los perros, así que esa noche guardó cama con su mujer, esperando una respuesta.

El doctor volvió sin buenas nuevas. Había delante de sus ojos una mujer destinada a ser perseguida por perros, corriendo día a día, hora a hora, sin saber a dónde huir. En sus gestos, Isabel parecía estar más tranquila, mientras José Luis acariciaba su frente, pasándose las horas. La vigilaron sin pronunciar una sola palabra y continuaron al corredor.

—Señor... se acerca Navidad —dijo el doctor dejando caer su mano en el hombro del esposo—. Es innecesario tenerla aquí...

—¡No sea tan cruel! Justo en tres días es nuestro aniversario.

Isabel fue perdiéndose en su delirio de perros, perseguida cada noche sin descanso. Durante el día dormía en una paz aparente, pero cada noche volvían los canes —en manada— siempre puntuales. Tan solo de día se la veía reír en su sopor

de ángel. Tenía esa hermosa sonrisa de Diana que apresaba a José Luis en sus largas meditaciones. Con un dolor en el pecho, los días pasaron y la navidad llegó en el hogar de los Sampedro. Apenas y entraba la luz en la casa. José Luis se extraviaba, siguiendo las huellas de la memoria. Era cuestión de abrir los ojos y ver... escudriñando en el pasado, recorrió con los dedos las cicatrices que se marcaban en las carnes de la esposa.

*«¿Y ahora qué? ¿A dónde ha ido? ¿Qué es este amargo sabor? ¿Bo nadal? ¡¿Por qué?! No hay razón para celebrar, ya que la desdicha esgrime su huella mortal en este amo de cabaré y la mujer de blanco que marcha con rostro solemne y melancólico. A su lado un hombre que ha sido castrado, los padres que aplauden mientras brindan con licor de hierbas, los fieles que cantan con alegría que vivan los novios, el lamento de la niña, el discurso del clero, el ruido de la carroza, los caballos desnudos, el frío viento de diciembre, los paseos que daban gozo a nuestras almas, el monumento de Campoamor, el Palacio de Cristal, la Puerta de Alcalá, las Ventas y el Café Gijón, la cartas de mamá, tus labios y tus mejillas, tus rizos y cuando nuestros caminos se conjugaron como amantes en los pasillos del Prado, el ciervo y los perros, sus dientes clavándose en sus muslos y espalda, el fuego, el sabor de tu carne, el yo y el otro, el disparo de las escopetas y las sábanas teñidas de rojo, el perfume de tus senos y la armonía de tu voz siendo quebrantada por la fuerza de mi manos y el sudor de tu anatomía... José... José Luis... basta... me lastimas... por favor... detente... por favor... por nuestro hijo».*

La silueta del hombre se irguió. El olor de la sangre lo hizo abrir sus ojos. Sus manos recorrieron angustiadas el cadáver de la madre y el hijo. En el silencio fúnebre del hogar de los Sampedro no se oía más que los ladridos y el grito ahogado de la eterna culpa.

El doctor, que estaba de paso, llamó a la puerta y al no tener respuesta entró, anunciándose en su lengua natal: — ¡Bo nadal! ¡Feliz mañá! ¡Traxe de filloas para a dama! — Pero no hubo contestación alguna.

Tan pronto avanzó, notó unas huellas que guardaban semejanza a las pisadas de unos galgos —suceso improbable, pensó—. Luego, pudo dar con la pareja. El horror que yacía en la habitación dejó una cruenta huella en sus ojos y en cuanto supo reaccionar, lo confrontó:  
—¡Señor, en qué se ha convertido?!

**FIN**  
**Chiriquí, 19 de noviembre de 2019**

# ROBO EN EL PORTAL DE BELÉN

POR: JOSÉ LUIS MONROY ANTÓN

El sonido del teléfono móvil que descansaba sobre un clasificador de documentos rompió el silencio del recibidor. La tarde había sido muy tranquila y Maqueda hizo un gesto de fastidio antes de contestar la llamada.

— Cuartel de Olmedillo. Dígame.

— Buenas tardes. Soy Jacinta Martos, vecina de Tejares. Mire, les llamo porque me han entrado a robar en casa, y estoy muy asustada. ¿Podrían venir ustedes?

La voz de la anciana mezclaba angustia y nerviosismo, entrecortándose con los jadeos de su respiración.

— A ver, tranquilícese señora. ¿Dice que se llama Jacinta y vive en Tejares?

— Sí, Jacinta Martos.

— ¿Se encuentra usted bien? ¿Le han hecho algún daño?

— No, no. Sólo que han entrado y me han robado. ¡Pero mire, vengan rápido, que yo estoy muy asustada, por favor!

— Vale, vale, tranquila. Dígame la dirección completa y en un momento estamos allí.

El guardia civil tomó nota de la dirección, colgó el teléfono y se adentró por un pasillo semioscuro que llegaba hasta una especie de sala de estar, con la pintura de la pared desconchada y un color verde en una esquina del techo que denunciaba una humedad. Sentada en un sofá, su compañera cambiaba los canales de la televisión con el mando a distancia.

— Marta. Acaba de llamar una señora de Tejares. Parece que le han entrado a robar.

— ¡No puede ser! ¡Ni en Nochebuena nos dejan tranquilos! — exclamó ella —. Imagino que tendremos que ir.

— Creo que sí. Estaba muy alterada.

— Pues andando. Cuanto antes vayamos, antes volveremos para cenar. Si nos dejan, claro.

Ambos agentes, los únicos en el cuartel de Olmedillo, cerraron las dependencias y condujeron por la solitaria carretera comarcal farfullando su mala suerte.

Jacinta pasaba de los ochenta años. Ella decía que tenía ochenta y cuatro, pero su documento de identidad le endosaba dos más. Cuando abrió la puerta de su casa a los guardias, cerró los ojos y suspiró con alivio.

— Bendito sea Dios. Ya están ustedes aquí. Pasen, pasen.

— Buenas noches, Jacinta. Soy la cabo Marta Olmos y mi compañero el agente Sebastián Maqueda. ¿Se encuentra usted bien?

— Sí, gracias a Dios. Pasen al salón, que les cuento.

Los guardias acompañaron a la anciana a un salón barroco, presidido por una gran mesa de madera, adornada con varios centros de flores y decoraciones navideñas. Una chimenea encendida caldeaba el ambiente, y las fotografías familiares, casi todas en la penumbra de las dos únicas lámparas de pie que tenía encendidas acompañaban como adorno a jarrones, cuberterías y otros objetos que se repartían por las estanterías de los viejos muebles que recargaban la estancia.

— ¿Estaba usted preparando la cena? — preguntó Maqueda.

—Sólo yo, hijo. No tengo a nadie. Mi marido murió este verano... — cerró los ojos, emitió un gemido y se santiguó.

—Cuéntenos qué ha pasado — dijo Olmos mientras repasaba visualmente la habitación.

—Esperen, siéntense aquí, a la mesa. Estarán más cómodos. ¿Les saco algo de vino?

—No, Jacinta, muchas gracias. Estamos de servicio y no podemos beber.

—Bueno, pero algo de jamón sí que podrán tomar —les ofreció un plato que ya tenía en la mesa mientras se sentaba en una silla de alto respaldo.

Los dos guardias se miraron y por cortesía cogieron un par de lonchas. Marta volvió a preguntar.

—¿Qué ha pasado, Jacinta?

—Pues que me han robado.

—¿Y qué ha sido? — continuó Maqueda.

—Vengan, que se lo enseño.

La anciana se levantó y tras ella los guardias. De camino hacia el fondo del largo salón, señaló un gran portal de Belén que tenía montado en una esquina. Perfectamente reproducido, contaba con unas figuras de lo más variopinto adorando al Niño. Junto a las ya clásicas de pastores, lavanderas, o panaderos, en las casas y terrenos alrededor del portal, había un maestro dando clase, dos jóvenes ejecutivos hablando con los soldados romanos. Incluso un bombero estaba subido en un andamio reparando una cornisa caída.

—No le falta imaginación a la señora — susurró Maqueda al oído de su compañera.

—¡Miren! — les espetó Jacinta señalando al portal con su dedo índice.

Marta y Sebastián observaron la escena y luego cruzaron sus miradas. Él se encogió de hombros.

—¿No se dan cuenta?

—¿De qué? — preguntó Marta.

—Han robado la estrella.

Los dos guardias enarcaron sus cejas casi al unísono y sus ojos se abrieron incrédulos ante lo que estaban escuchando. Efectivamente, no había estrella en el portal. ¿Eso era todo?

—A ver, Jacinta. Si es una broma... — se dirigió

Marta a la anciana en tono serio.

Las palabras ofendieron a la anciana, que les reprochó que pensasen así de ella. Que si era una buena mujer, que si nunca había hecho nada malo... Maqueda intentó calmarla.

—Tranquila, Jacinta, que la creemos. Vamos a registrar la casa, a ver si encontramos algo.

—Me parece bien, pero antes, esperen que les traigo unos polvorones y mantecados para que se les haga la pesquisa más llevadera.

Salió rauda hacia la cocina y resignados, los dos agentes se sentaron de nuevo a la mesa. Jacinta volvió con unos platos colmados de dulces navideños, y les explicó que los hacía ella. Como señal de cortesía, los dos guardias degustaron algunos mientras simulaban hacerle un pequeño interrogatorio. Llegados a un punto donde las preguntas ya no daban más de sí, Olmos propuso inspeccionar la casa.

Recorrieron juntos todas las habitaciones. No dieron con nada de interés pues desde el primer momento estaban convencidos de que era un descuido de la señora y que la habría extraviado. Pero era Nochebuena y para ella era algo importante. Rebuscaron bajo los muebles, detrás de ellos, levantaron alfombras. Ni rastro de la estrella. Mientras revisaban el salón Jacinta se estremeció y dijo de ir a por la bata que tenía en su habitación en el piso superior. Maqueda se ofreció a bajarla.

—¿La tiene en su habitación? — preguntó. Ella asintió con la cabeza y le indicó cuál era. Marta se quedó mirando unos marcos de fotos reunidos en una repisa. La mayoría correspondían a Jacinta y su esposo cuando eran jóvenes.

—¿Es su hijo? — señaló una foto en la que estaban acompañados por un joven.

—No. No tuvimos hijos —dijo Jacinta acercándose y cogiéndola —. Es Ricardo. Nuestro sobrino. Hace ocho años se fue a trabajar a Dinamarca. Venía siempre por Navidad, pero este año no ha podido. —sus ojos comenzaron a humedecerse.

—Jacinta, aquí tiene la bata — interrumpió Sebastián, que ya estaba de vuelta extendiéndole la prenda. Conforme le ayudaba a ponérsela, con una

de sus manos mostró a Marta una figurita que representaba la estrella del portal. Ella fue a decir algo, pero se detuvo ante la señal de su compañero, que se llevó un dedo a los labios y dejó con disimulo la estrella en un bolsillo de la bata, a la vez que le indicaba que la había encontrado allí. Marta le guiñó un ojo cómplice.

—Pues Jacinta, no hemos encontrado nada, pero le prometemos que seguiremos investigando. Ahora tenemos que marcharnos al cuartel y redactar el informe. —explicó Maqueda con ganas de irse, pero antes de que pudiera continuar, un dolor en el estómago le hizo doblarse.

—¿Estás bien? —preguntó Marta acercándose a él.

El guardia no contestó. Continuó encogido, agarrándose el abdomen. Cayó al suelo de rodillas y se hizo un ovillo. Su compañera siguió a su lado, intentando que le explicase algo de lo que le estaba sucediendo, pero parecía no poder articular palabra. Solo abrió unos ojos grandes y expresivos. De repente, su cuerpo siguió encogiéndose, pero no de una manera consciente para evitar el dolor, sino que iba reduciéndose de tamaño. Maqueda iba menguando con cada segundo que pasaba. Marta se apartó de un salto, contemplando impotente la mutación. Luego miró a la anciana, que seguía de pie al lado de la mesa de Navidad, con una postura imperturbable. Quiso decirle algo, pero sintió que movía la boca sin pronunciar sonidos y cuando intentó levantarse, sus piernas se quedaron sin fuerzas y se desplomó al lado de su compañero, ya del tamaño de un gato. Ella también sintió cómo se encogían sus miembros, paralizados ya por completo. Todavía conservaba la vista, pero no podía mover los ojos. Solo mantenía una visión frontal que le permitía ver el cuerpo de Maqueda frente a ella.

El olor a cordero salía del horno de la cocina, atravesaba el pasillo para llegar a inundar el salón. Fue el sonido del timbre lo que llevó a Jacinta a dejar de colocar platos sobre la mesa de Navidad y abrir la puerta. Allí estaban: su hijo Jaime, su nuera Engracia, y sus tres nietos: Marcos, Susana y la pequeña Esther, en su coche de bebé, pues apenas

contaba con seis meses de edad. Se repartieron besos y abrazos, como correspondía a la noche, y mientras sus padres se despojaban de la ropa de abrigo, los niños mayores corrieron hacia el Belén de su abuela. El primero en llegar fue Marcos, pero la que se dio cuenta fue Susana.

—¡Mamá, papá! ¡Venid a ver esto! ¡Este año la abuela ha puesto dos guardias civiles vigilando el portal! ¡Y uno es una chica!



# Josseline Lisethe Aguila Benitez

## *Dulce Inocencia*

Santa Claus hace que los niños crean en la navidad. En el compartir y en el amor al prójimo. Pero lo que los niños ignoran es que gracias a esas historias, monstruos y temibles seres, como los cambia formas, logran aprovecharse para alimentarse de ellos.

# DULCE NAVIDAD

POR: WENDY BARSALLO

En mi mente sueño con tener una familia. Siento que no pertenezco a este lugar y estoy segura de que mi pesadilla terminará tan pronto salga del orfanato. Esperé tanto tiempo a que mis sueños se cumplieran. Después de tanta espera, mis nuevos padres y el hogar soñado nunca llegaron, por lo que he decidido abandonar a las Hermanas Siervas de María a la edad de diez años.

Postrada en la misma cama vieja, ya no recuerdo haber participado en una cena familiar navideña. Llegué al orfanato a pocos días de nacida. A pesar de ello, las monjas hicieron que nuestra permanencia fuese placentera. Nos regalaban hermosos y escasos minutos de felicidad. Sí, aquella felicidad que nos fue arrebatada, incluso para algunos desde que nacimos o que fuimos privados por el destino.

En la sala, la hermana Sol se esmera en decorar un árbol escuálido para esta navidad. Las niñas cantan y trabajan en los ornamentos; mientras dibujo pienso una y otra vez en una noche buena fuera de esas tristes paredes.

Las pocas luces navideñas han sido donadas por el dueño de una abarrotería. Nuestros juguetes son hechos por las monjas. Como aquella muñeca inseparable de trapo a la que le hacía falta un botón para simular un ojo. En este hogar no existen lujos. El orfanato se mantiene por donaciones y tal es el caso en que todos los años, para la cena navideña llegan varios dulces de frutas. En lo personal, lo guardo en una servilleta cuando nadie me mira para después botarlo, sin que las mojas se enteren.

Nos dicen que es pecado botar la comida.

Ha pasado un año desde que me encuentro en la calle. La vida ahora es más dura que en el orfanato. Desde donde estoy veo aquellas lujosas tiendas donde mi vista busca familias que comparten con sus hijos y compran hermosos vestidos, muñecas de porcelana, entre otros juguetes. Escucho el sonido de mi estómago que exige alimento. La nieve cubre mi piel a través de los orificios de mi tétrico abrigo. El frío me llega hasta los huesos. Me acerco a una ventana donde se ven exquisitos platos: jamón con piña, arroz de coco, tamales, entre otras delicias. Familias que comparten, alegres villancicos de fondo y un árbol de navidad que casi llega al techo tan brillante y colorido que hace que mi mente se imagine que yo soy uno más de ellos disfrutando del amor de esos padres y los placeres de la vida.

Pero mi trance es interrumpido por el administrador.

—Vagabunda, vete de aquí. Asustas a los clientes y aquí no damos limosnas.

Camino durante horas buscando un lugar seguro lejos de los indigentes. No he comido en todo el día. Llego a una esquina y un automóvil lujoso se detiene frente a una abarrotería. El conductor se baja. Abre la puerta trasera y me deja verla. Es una señora alta, delgada, con mucho maquillaje que hacía resaltar su boca con un lápiz labial rojo.

Va cubierta con un abrigo negro elegante. Su piel blanquecina como la nieve mostraba algunos signos de una edad madura; gira su cabeza y me mira con dulzura.

Estoy segura de haberla visto desde la ventana de mi habitación y haciendo entregas de donaciones a

la hermana Sol.

—Mi niña, ven con nosotros que te vas a congelar. ¿Cómo te llamas? ¿Dónde están tus padres?

—Señora, estoy sola en este mundo. Mi nombre es Chris y no conocí a mis padres.

El hambre y la soledad no me hicieron reflexionar sobre ningún tipo de peligro. Que más podría pasar después de lo que he vivido en la calle. No quiero estar sola, mendigando y menos en estas fechas. Necesito que alguien se encargue de mí.

—Mi nombre es Doris. —La señora me dijo.

—Eduardo, que la niña suba al auto. Enciende la calefacción, mientras retiro un encargo en la abarrotería. Cómprale un chocolate caliente acompañado de un dulce, aunque los dulces que yo hago son los mejores. —Ambos sonrieron.

Con el chocolate en mano y atosigada por el dulce, puedo ver desde la ventana del automóvil cómo el dependiente le despacha unos enormes cuchillos de cocina y los ubica dentro de una caja.

A su regreso me acaricia la cabeza y sigue indagando sobre mi vida.

Durante el camino le confieso mi tristeza y de la soledad que siento. Sin tener una familia ni un hogar. Me apena mi ropa y mi aspecto desaliñado, al verla a los ojos bajo la cabeza por vergüenza. Le cuento que la mayoría de las noches lloro y en ocasiones he sido casi víctima de abuso por hombres borrachos e indigentes igual que yo. En varias ocasiones me alimento de las sobras que me encuentro en la basura. En esas noches frías, pido al cielo que me envíe un ángel para que me socorra. Ella, con una mirada tierna dice que puede ayudarme.

—Todo tiene solución en esta vida. Yo vivo sola y mi casa es muy grande. Puedo brindarte lo que tanto has soñado.

La necesidad de ser querida y que mi vida tome otro rumbo directo a la felicidad no me hace dudar de mi respuesta y acepto su ofrecimiento. El automóvil se detiene en una enorme residencia con grandes ventanales y lejos del pueblo, rodeada de frondosos árboles cubiertos de nieve.

Al entrar a la residencia puedo ver el árbol de navidad. La decoración con grandes esferas escarchadas, cintas rojas con verde y en la punta un ángel con enormes alas que me sonrío me da la bienv

enida a un lugar impecable.

La señora Doris se dirige a la cocina con una sonrisa. Eduardo ubica los paquetes y una caja en la repisa.

Mi admiración por la gran cantidad de adornos y luces navideñas son interrumpidos por el sonido de mi estómago. Un olor dulzón de vainilla y jengibre proviene de la cocina.

—Chris esta noche en la cena probarás mi dulce navideño. Esta receta es una herencia familiar. Ha sido pasada a través de generaciones y posee un ingrediente mágico. Cada vez es más difícil de adquirirlos. Ya estoy vieja. Si no fuera por la gran ayuda que me brinda Eduardo, no podría hornear mis pasteles.

—Eduardo, guía a la niña a su habitación. Enséñale la casa.

—Nena, las puertas de mi casa están abiertas. Pero la cocina para mi es sagrada. No me gusta que me cambien las cosas de posición y hay una puerta que lleva a mi depósito de especias. Tienes prohibido entrar a la cocina. Yo te serviré lo que quieras comer.

Llegamos a mi habitación, una hermosa recámara color rosa con una enorme cama y finas muñecas que acompañan un sillón.

—Aséate. Hay ropa en el armario y la cena se sirve a las siete —dice el hombre.

Atónita pero inmensamente feliz corro hacia la cama y doy vueltas en ella. No podía creerlo. Por fin la vida me regalaba momentos felices y no estaría sola.

Es hora de bajar a cenar. Me miro frente al espejo y sonrío por aquel traje limpio, planchado, de lino con encajes que no puedo cerrar del todo y me queda algo corto. Bailo por toda la habitación. Escucho por un conducto en el baño algunos ruidos.

Parecen ecos. Alguien me habla.

—Necesito ayuda. Por favor, sácame de aquí. Me tienen en este cuarto oscuro. Logré mover un mueble y hay un conducto. Parece que sirvió para que me escucharas.

Tocan a la puerta. Salí del baño y veo la señora Doris.

— Chris ¿Te encuentras bien?

—Estoy muy feliz. Gracias por dejarme quedar en su casa.

—Basta de sentimentalismo. Estoy asombrada de lo linda que estás. Faltan dos semanas para navidad, así que iremos de compras. Estos vestidos no son de tu talla.

No me atrevo a preguntar de quién son los vestidos. Bajo las escaleras hacia la sala. La mesa está servida y grandes candelabros de cristal la iluminan. En mi vida he visto tanta elegancia y variados platos de comida. En una base elevada, un decorado dulce de frutas con peculiar olor a vainilla es el cierre al gran banquete.

Me siento en la silla indicada y ella, sonriente, me sirve la cena. Al llegar la hora del postre me entrega un pedazo del dulce de frutas que con desesperación meto en mi boca. Las frutas se mezclan con la masa y en su consistencia predomina un sabor fuerte, casi ácido. Me trae recuerdos de años atrás en el orfanato, para que la señora Doris no se sienta ofendida, me trago la masa. No puedo soportar la textura, el sabor. Siento como la comida se me devuelve y por la mezcla de sabores. A través de aquel líquido blanquecino vomito.

—Mi niña, comiste muy rápido. Recuerda que tu estómago no está acostumbrado a grandes cantidades de comida. Sube a limpiarte, yo me encargo de todo.

La luz de la luna ilumina mi habitación, solo se escucha el sonido constante del frío aire a través del crujir de las ventanas y el eco de la voz a través del conducto del baño.

—¡Ayúdame por favor!

—¿Dónde estás? —pregunto.

—Debajo de la cocina. Debes entrar y abrir la puerta. Ten cuidado. Hay una escalera que te llevará hacia donde estoy. ¡Dios mío ayúdame! Ya vienen.

Escucho gritos acompañados de la voz de la señora Doris y Eduardo. No entiendo qué dicen. En el fondo resuena la melodiosa canción de Noche de Paz y mis lágrimas corren por mi rostro. No quiero irme de esta casa. Tengo todo lo que he soñado.

Angustiada me subo a la cama y confundida me duermo llorando.

Cuando amanece me despierta la voz de Eduardo.

—Chris, el desayuno está listo. Te esperamos en el comedor.

Me arreglo el cabello, estiro mi vestido, bajo las escaleras y desde la planta baja veo hacia la cocina, donde la señora hornea. Constantes arcadas llegan a mí, recordando el episodio de ayer. Trato de tranquilizarme.

Ella me recibe con una gran sonrisa y su colorido delantal navideño.

—¡A desayunar! Me he levantado temprano para hornear. Tengo diez dulces de frutas que entregaré como donación a los más necesitados.

Salimos a entregar las donaciones y pienso en la reacción de aquellas personas que comerían lo dulces. El auto se detiene y hace una parada en la carnicería.

—Eduardo, déjale los cuchillos a Tomás para que los afile, los buscamos en una hora.

Regresamos a casa. La señora prepara chocolate y al paso de unos minutos siento mucho sueño. No puedo mantener los ojos abiertos.

—Eduardo cárgala. Ya es hora. Debo continuar con el trabajo.

Lucho contra aquel letargo en que me encuentro, pero no puedo mantener los ojos abiertos.

—¿A dónde me llevan? —A duras penas pregunto.

Miro el techo y volteo la cabeza para ubicarme. Estoy en la cocina. Eduardo me tiene en una larga mesa blanca y me da un puñetazo en la cara.

Me despierta el sonido de música navideña. Exaltada trato de pararme, pero estoy amarrada en la mesa. No puedo emitir sonido alguno y mi cuerpo está paralizado, estoy consciente de lo que ocurre.

Eduardo se acerca y me levanta, soy arrastrada por el cabello hacia el cuarto de las especias. Mi cabeza da golpes al bajar cada escalón.

Tengo tanto dolor. Intento pedir auxilio en vano.

Se enciende un bombillo y puedo ver en la esquina el cuerpo de una niña. Su piel está llena de cortes. Su mirada perdida se cruza con la mía. Mi respiración es agitada. Me lleno de ansiedad y grito. Hay sangre en el piso. Recuerdo los ruidos

de la noche anterior y me resigno. Estoy atada y sola como siempre.

La señora Doris se acerca a mí con su típico delantal. Me agobia su verdadero rostro sin maquillaje, lleno de arrugas y una risa que ya no tiene tonos de cariño hacia mí.

—Chris, he venido por el ingrediente que necesito.

Escucho la repetitiva melodía de Noche de Paz

—¡Oh! Dios mío, porque me has dejado sola en esta miserable vida.

La puerta hacia la cocina todavía está abierta. Intento moverme para ver si los amarres ceden. Me da vueltas la cabeza. Pierdo las esperanzas de poder escapar. Puedo ver a Eduardo, que sostiene una vasija y bate.

—Mi adorada niña. Cierra los ojos. No te dolerá y así me ayudas a que todo sea más fácil

Sigo sus instrucciones y siento el filo del cuchillo a un costado. Poco a poco lo fue insertando. Duele y no puedo moverme. Siento que sale un líquido que chorrea por mi vientre.

El radio sigue sonando con música navideña y ella canta ahora Feliz navidad. Está eufórica y no para de reír.

«¿Quién puede hacerle daño a una persona, a un niño y celebrar en esta época? Solo ella puede hacerlo y celebrarlo»

Se retira con su taza medidora llena de sangre y ubico un tanque cerca de donde me encontraba. Ella termina por subir las escaleras hacia la cocina.

—Duerme mi niña.

No puedo soltar los amarres. Sé que estoy perdiendo mucha sangre. Me da vueltas la cabeza, siento que me voy a desmayar.

La veo subir las escaleras y acercarse a Eduardo en el umbral de la puerta. Ella vierte mi sangre sobre la mezcla del dulce.

«¿Cuántos dulces habrán horneado? ¿A cuántas personas les habrá hecho daño?»

No me quedan fuerzas, cerraré los ojos.

# GERTRUDIS, LA ABUELA

POR: FRIDA SÁNCHEZ

Era una celebración como cualquiera. La abuela había preparado la cena, la casa estaba llena de luces y el árbol ya tenía puestas todas las esferas. Aquella noche era perfecta para festejar la navidad. Cuatro primos se encontraban en el recibidor de la casa, bebían cognac con castañas, mientras escuchaban a los otros charlando de sus asuntos y trivialidades. La mayoría tenía vidas ordinarias; Roldan seguía pensando en invertir en un nuevo negocio; a Joaquín, las jornadas de ocho horas en la oficina constantemente se le convertían en jornadas de más de medio día; Julia, la más joven, esperaba a su segundo hijo, la pura abundancia. En ese grupo también se encontraba Melisa, quien apenas hablaba, porque su oficio de escritora la había hecho más reservada que a los otros y pasaba más tiempo observando que parlotando nimiedades.

En la sala estaban Julieta y Romano, que hacían linda pareja. Esa Navidad ambos portaban el mismo modelo de suéter verde con olanes rojos y la imagen de un oso polar en el centro, bastante agringados, por cierto. En la cocina estaban las más grandes de la familia, la abuela Gertrudis, una mujer risueña y regordeta, siempre tan consentidora con los nietos y los invitados de los hijos; ir a cenar a su casa en esa fecha era siempre un gozo. Preparaba de todo: había romeritos, pavo en salsa de guajillo, pierna ahumada con peras y manzanas al horno, bacalao a la vizcaína, ensalada de frutas, pasta, panqueques y pastel de zanahoria. Cada 24 de diciembre la casa de doña Gertrudis, en el barrio de Nezahualcóyotl, era un festín sin igual.

Junto con la abuela estaban también tres de las tías mayores y los esposos de dos de ellas.

En el comedor esperaba el resto de la familia en medio de risas y bromas cotidianas. En la algarabía propia de la fecha hubo villancicos de fondo, luces doradas alrededor de las ventanas, cortinas de colores llamativos, la figura del niño Jesús en su pesebre junto a unas velitas que habían sobrado de las posadas, y dos piñatas que romperían más tarde, después de arrullar al niño, darse los abrazos y abrir los regalos del intercambio. En el fondo de la casa, una pequeña cajita musical armonizaba la penúltima gran fiesta del año con la melodía de las Campanas de Belén.

En el pasillo, entre el recibidor y la sala, aguardaba el árbol de navidad, decorando de verde y llenando de un leve pero constante aroma a pino el resto de la morada.

—Qué bellas esferas las que pusiste este año, abuela. —Melisa se levantó por un momento de su asiento para servirse más cognac.

—Me las trajo tu tío Nacho de los *United*, ya ves cómo es de bueno cada vez que viene. Lástima que no pueda pasar las fechas en México, siempre está muy ocupado allá.

—Brillan mucho, ¿y ya viste las caras que tienen dibujadas? Están muy bien hechas, ¡esta se parece a mi prima Jordana!

—Qué coincidencia, desde que se casó, ya no ha querido venir para acá.

Mientras daba vueltas a los hielos de su vaso de cognac, Melisa, como era su naturaleza, se quedó embobada por varios segundos mirando las esferas que despedían un brillo muy tenue cada vez que algún foquito se encendía cerca de ella.

Con la otra mano, comenzó a jugar con las ramas del árbol y a recordar su niñez. ¡Cuántas navidades había pasado en esa casa! Y siempre que

iba, cada año, tenía la sensación de que la familia se iba haciendo más pequeña; ya no estaban todos sus primos que se habían casado y pasaban la Navidad en sus propias casas, faltaba también el abuelo, su tío Nacho que jugaba tanto con ella cuando era niña, y faltaba Max, el viejo belga malinois que ese mismo año había dejado de existir. Quizá la única que siempre sorprendía por no faltar era su abuela, que a pesar de los años que llevaba cargando y que le pesaran en las caderas enormes, parecía no perder el sentido del humor ni el cariño por sus nietos.

Cuando Melisa por fin dejó sus cavilaciones en paz y se fue a sentar otra vez en el vestíbulo, junto con los otros, notó que Roldan ya no estaba en el grupo.

—Habrás ido por más champagne —le dijo Joaquín, que ya estaba bastante pasado de copas.

—Es cognac.

—Por eso digo, habrá ido por más. —Y siguió parlotando sobre banalidades.

Melisa escuchó a sus primos hablar por varios minutos, hasta que se cansó de la conversación un poco fuera de tono que tenían esos dos, después de todo, habían bebido bastante, y la noche aún era joven.

Decidió entonces irse al comedor junto al resto de la familia, donde estaban todos, pero al atravesar la habitación tuvo una sensación extraña, un ligero mareo acompañado de un gruñido de tripa.

—¡Ha sido demasiado cognac por hoy! —Les dijo a todos los de la mesa, levantando la copa para hacerlos brindar.

—¡Salud por eso! —Contestó la tía Abelia.

—Por más navidades juntos, y más alcohol, ¿qué no? —sugirió el primo Tomás.

Todos chocaron las copas unos con otros, en medio de un festival de colores que deslumbraba. Había copas de vino, margaritas, palomas, hubo quien se preparó un martini y medias de seda, la clásica bebida que siempre tomaba Susy, una de las tías más jóvenes, tanto que ya tenía sobrinas de su edad.

—¡Hay que abrir los regalos de una vez! —se atrevió a decir el pequeño Felipe, el más joven de la familia. Sus padres, la pareja de suéteres verdes que se encontraba en la sala, le gritaron casi al uní-

sono un rotundo no.

—¡Eso va después de arrullar al niño Jesús y de los rezos! No empieces, chamaco —le advirtió su madre, en un tono más de burla que de molestia.

En ese momento, Melisa esperaba escuchar un chillido medio molesto de parte de su primo pequeño, pero este no contestó. En realidad, el pequeño se había esfumado del comedor. Melisa lo buscó con la mirada, consternada, dejó de buscar cuando se dio cuenta de que simplemente ya no estaba.

Entonces regresó al recibidor con sus primos.

—¿Y Roldan?

—Yo qué sé —respondió Joaquín.

—Ha pasado más de un cuarto de hora y esta casa no es tan grande. ¿Salió?

—¡Qué voy a saber yo! —le contestó su primo molesto.

Melisa, cada vez más mareada, comenzó a sentir alguna clase de angustia un tanto inexplicable. Sin saber muy bien lo que hacía, fue a la sala para buscar a Felipe. Su corazón comenzó a latir muy rápido y, de pronto, tuvo la sensación de que la casa de la abuela ya no lucía tan estrecha ni acogedora como apenas hace unos minutos. Sintió que atravesar el pasillo le llevó una eternidad.

—¿Y Felipe?

—¡Cómo vamos a saber nosotros! —le contestó la pareja al unísono.

—Ustedes son sus padres, ¿cómo es que no van a saber? Esta casa no es tan grande, ¿se salió de la casa?

Melisa corrió al comedor en busca del primo, pero al llegar allá se sintió fatigada, tal como si hubiera corrido un medio maratón. Sentía que cada paso que daba era más bien una zancada interminable, en una casa que parecía infinita. Esa ya no era la casa de la abuela.

La joven, aterrorizada, con una enorme opresión en el pecho, como si sus órganos se estuvieran encogiendo todos de golpe, avanzó apresurada a la cocina para buscar al pequeño niño, pero entonces la abuela la contuvo.

—Cálmate, Meli, aquí está tu abuelita —escuchó que le decía la abuela Gertrudis, y fue así, que se quedó dormida con el sonido de su voz.

Cuando Melisa abrió los ojos se encontró en medio

de un esplendor dorado que le irritaba la vista y le impedía mirar con claridad. La joven, sin alcanzar a ver bien, comenzó a caminar en aquel espacio tan brillante que le obligaba a tener los ojos entrecerrados, hasta que chocó contra algo. Cuando miró por el cristal, ahí estaban todos: la multitud de rostros familiares, enormes ante sus diminutos ojos, cuyas pestañas se habían quedado pegadas en el vidrio soplado.

Melisa soltó un grito ahogado e inútil, pudo observar la enorme mano de la abuela Gertrudis acercarse a ella.

—¿Ya vieron mis esferas? —Gritó a todos los presentes—. Me las trajo Nacho de los United. Están muy bien hechas, —y añadió compungida— miren la carita de esta ¡se parece a mi nieta Melisa! Ella ya nunca viene a visitarme.

Para la abuela, aquella era una celebración como cualquier otra.



## María Victoria Hernández

### *He sees you when you're sleeping*

Mi obra adjunta se titula “He sees you when you're sleeping”, como homenaje al lado más absurdo y tal vez aterrador del mito de Santa Claus.

# ESOS CUETES

POR: JOSÉ C. SÁNCHEZ

Es 12 de diciembre, el cielo gris cubre el Palacio de Bellas Artes en Ciudad de México, la calle de Madero está atiborrada de gente, muchas personas visten ya sus atuendos navideños: sus “*ugly sweaters*”, bufandas, gorritos de reno y Santa. En la Plaza Mayor hay un espectáculo de luces navideñas que muestra dibujos de esferas, flores de Nochebuena e incluso una estrella en el Palacio Nacional. Al centro hay un enorme árbol adornado con belleza. Toda esta estampa la ve por televisión Diego, un niño que vive en el sur-poniente de la ciudad. Él mira con una enorme sonrisa aquel sitio que contrasta con su hogar, donde solo hay un árbol artificial adornado con esferas de unicel y un nacimiento con seis figuritas de plástico.

Falta poco para navidad, pero Diego no está muy emocionado, uno de sus amigos le dijo que Santa deja regalos. En casa de los García eso no ocurre, a su hogar no llega ese personaje. Su mamá le ha dicho que los pobres solo creen en los Reyes magos, su papá siempre gruñe que Santa Claus es un producto del imperialismo yanqui, un invento de la Coca Cola, el niño no entiende qué tiene eso de malo, pues la familia bebe un refresco de tres litros cada domingo.

Ese día la familia apaga la tele temprano, ya es hora de que el pequeño duerma. Un odioso sonido irrumpe en la cotidianidad de los García, la alarma sísmica los hace salir a la calle donde aún no sirve el alumbrado público a pesar de que los vecinos llevan meses reportándolo. Un montón de personas se reúnen, unos pocos en pijama; niños que no pueden ni correr llevan mamelucos de unicornio y de dinosaurio; algunos adultos portan camisetas

con logos de partidos políticos; una pareja sale envuelta en sábanas.

Muchos están sorprendidos, otros asustados, Diego lucha por no quedarse dormido en los brazos de su madre, la tierra se remueve desde sus entrañas. En aquella parte alta de la urbe el movimiento telúrico es muy poco perceptible, la mayoría mira el enredijo de cables de luz que hacen un movimiento pendular provocado por el sismo. Mientras observan los cables, varias luces esféricas aparecen de manera intermitente en el cielo. El sismo es olvidado en cuanto aparecen las esferas luminosas, el pequeño niño de los García pregunta: ¿Qué son esas las luces? Su madre empieza a rezar un ave María, los vecinos toman fotos con los celulares, el papá responde que las luces son estrellas fugaces, que pida un deseo.

Diego reza con el fervor que solo un niño puede tener, desea que por su casa pase Santa Claus. En el momento en que el niño termina de expresar su deseo, las estrellas se mueven como ráfagas dibujando líneas diagonales en el cielo. El pequeño no resiste más y se queda dormido en brazos de su madre. Unos minutos después las fotos aparecen en redes sociales con comentarios que dicen: *esos son “cuetes” para la virgen, pinche gobierno.*

El 24 de diciembre el olor a comida se hace presente en la casa de los García, la pierna de puerco adobada es bañada en salsa; las manzanas están peladas, listas para convertirse en ensalada; la sopa de espagueti blanco con crema está casi en su punto; un hombre llena bolsas de dulces; otra mujer pide que vayan por las baguettes. Todo es caos, todo es alegría, la mamá de Diego coloca reg

alos debajo del árbol y dice: *estos los trajo el niño Dios y no Santa Claus.*

Diego espera que su deseo se cumpla, aunque se olvida de esto en cuanto llegan sus primos y se pone a jugar con ellos: carritos, vencidas y luchitas. Entre los regalos hay una piedra extraña que brilla, la recogió su papá cuando las estrellas cruzaron el cielo, pensó que podría valer algo o, que al menos, podría decir que era un cuarzo energético para su esposa que adora todo eso.

La noche no se hace esperar, el olor a carne enchilada llena el olfato de los comensales: tíos, sobrinos, primos, hermanos y un montón de familia más. Desean cenar, pero la mamá de Diego García pide que recen un Padre nuestro y que den las gracias, la mayoría la mira con desagrado, pero nadie se opone.

Al comenzar la oración, la pequeña roca comienza a temblar entre los regalos y se rompe poco a poco. Una pequeña criatura de color rosa, muy parecida a una lamprea con patas arácnidas, brota sin ser notada. El ser observa el lugar y a las personas con atención. Cuando descubre al pequeño Diego, el bicho piensa que será un buen cuerpo donde permanecer hasta alcanzar un estado más adulto, podrá anidar unos años en alguno de sus órganos consumiendo pocos recursos. De vez en cuando podrá darse el gusto de probar eso que llaman plástico.

Por desgracia el olor a romeritos con camarones y mole produce un efecto extraño en el cuerpo de la lamprea arácnida: su cuerpo desprende un extraño gas imperceptible para los seres humanos. Algunos de los comensales sienten un leve cosquilleo en la nariz justo cuando acaban de dar las gracias al terminar el rezo.

A cada miembro de la familia García le ocurre lo mismo: el mundo se tiñe de un extraño color rojo degradado, los olores se vuelven más penetrantes y el ambiente se llena de pesadumbre. La bandeja donde está servida pierna adobada empieza a vibrar sin control y sufre una transformación: un cerdo mitad piel, mitad esqueleto, cubierto de sangre, da un salto y gruñe con fuerza. El tío Alejandro, que ha consumido demasiado alcohol, corre tras el puerco con sus cubiertos.

El árbol de navidad se vuelve de madera real y toma un color verde hierba, las raíces rompen el concreto del piso, quieren encontrar tierra, pero solo hallan tuberías y aguas puercas, en cuestión de segundos el árbol muere. El señor García engorda a una velocidad exagerada, su cabello y su barba crecen de forma abundante y en un segundo ha envejecido casi veinte años, empieza a reírse y a decir: *jo, jo, jo, jo, jo.*

Una criatura con patas de araña y forma de lamprea salta del árbol muerto hasta la mesa y muchos de los comensales la miran llenos de asco mezclado con repulsión.

Diego está con una sonrisa de oreja a oreja, su papá es Santa Claus, años creyendo que los pobres no podían tener regalos de Santa, ahora sabe que su padre es el viejito barbón de las películas gringas, tal vez por eso bebe refresco de cola cada domingo porque es parte de su trabajo. Diego aplaude y sonríe, el extraño gusano arácnido le parece una gran mascota, sin embargo, nota que su familia la ve con aversión.

La lamprea corre sobre la mesa, algunos tíos tratan de matarlo con tenedores, cucharones, incluso alguien lanza una taza con la cara de Santa, una tía toma el matamoscas para soltar golpes, pero no acierta, el bicho brinca al suelo. La familia entra en pánico, muchos zapatean sobre el suelo de losetas, algunos se suben a las sillas, el ser de dientes múltiples corre por su supervivencia, al final ve a Diego que le hace seña para que vaya con él, así el monstruo da un salto hacia ese cuerpo habitable, el hombre gordo y viejo, que ahora se parece a Santa Claus, brinca desde el otro lado de la mesa, pero no logra llegar, cae sobre toda la comida que sale disparada por doquier y se embarra en los niños que ríen, en las blusas y pantalones de los invitados y sobre el tío Alejandro que come una pierna de cerdo en el suelo.

La lamprea sube por el brazo del niño y entra por el primer orificio que ve, su entrada es la boca del pequeño que solo siente un ligero asco después de tragárselo. El papá levanta la cabeza y mira por última vez a su hijo antes de sufrir un infarto. Al ver la comida en el suelo, la mamá del niño se siente muy disgustada, toma un cuchillo para cortar

carne y lo cruza sobre la garganta de su hermana.

Inicia la pelea campal.

Alguien mete en el horno encendido a una de las mujeres; la otra se devora a mordidas la cara de uno de sus parientes; los niños se sacan los ojos con cucharas, la sangre empieza a cubrir la comida que está en el suelo. Después de unas horas el ambiente deja de mirarse con ese extraño color rojo, la pesadumbre desaparece, todo se siente tranquilo y solo el olor a muerte desentona con la paz y el silencio.

La mamá del pequeño sigue con vida, arrodillada sobre la sopa de espagueti blanca, rezando un ave María junto a los cadáveres de su familia, ella tiene incrustados varios tenedores cerca de las costillas y uno de sus ojos ya no existe. El niño García está intacto, sonríe, enciende la tele y escucha la letra de una canción:

*El camino que lleva a Belén  
Baja hasta el valle que la nieve cubrió.  
Los pastorcillos quieren ver a su Rey  
Le traen regalos a su humilde zurrón.  
Ro po pom pon, ro po pom pon.*

La toma panorámica del programa de televisión muestra el Zócalo de la Ciudad de México lleno de gente, mientras máquinas de nieve artificial amenizan la fiesta. Diego toma varios platos con un poco de carne enchilada con ensalada de manzana y una botella de refresco. Tira la comida al suelo, poco a poco se devora el plástico, más tarde mira el nacimiento de figurillas, toma la pequeña efigie del niño Jesús y se la come de postre. Da unas cuantas palabras de alabanza por el plástico procesado de la tierra y voltea al vacío diciendo palabras sin sentido que provocan que un extraño eco resuene hasta el cielo.

En ese momento exacto es cuando en otra parte de la Ciudad de México suena la alarma sísmica y algunas personas que miran al cielo contemplan una extraña lluvia de esferas multicolor en el cielo.

Muchos dicen: *esos son “cuetes” por navidad, pinche gobierno.*

# PETRICA

POR: T. HERBONNIÈRE

Es la peor navidad. Que te lo digo yo, Petrica. Me molesté mucho, me sacaron la piedra esos niños. Sí, ya sé que no debo hablar así, Petrica, pero es que me la sacaron, en serio. Me tienen hasta aquí, les dije, y lo hice igualito a mi mamá, señalándome la frente con un dedo al tiempo que lo decía. ¡Me tienen hasta aquí! Pero no me hicieron caso. Se rieron y me insultaron. Yo me llevé a Rodrigo hasta el tubo al lado de la porqueriza, y le eché agua para quitarle la tierra de la cabeza. Entonces el tío comenzó a matar a las gallinas, cerquita de donde estábamos.

Hoy los primos estuvieron insoportables. Por eso no me gusta venir para acá. Por eso y porque el tío siempre anda con sus peleas y gritos por la revolución. Todos hicieron llorar a Rodrigo, incluso el Matías con su carita de «yo no hago nada malo». Mi hermanito, que siempre quiere lanzar cosas, estaba al lado de la mata de ciruela haciendo volar tierra por todos lados, pero no estaba molestando a nadie. Solo yo estaba cerca. Estaba subida en la mata, leyendo, y vi que El pelao y los otros estaban en la puerta de la casucha de las herramientas. Eso está lejos de la mata de ciruela, pero El pelao se fijó en Rodrigo, les dijo algo a los otros y todos corrieron hasta donde estábamos. Cuando llegaron comenzaron a hablarle a Rodrigo, y ya sabes que él no responde, nada más a mí me hace caso. Ellos también saben cómo son las cosas, pero lo llamaban y lo invitaban a jugar, como si no supieran como es mi hermano. Siguieron fastidiando y en una de esas, les cayó tierra encima. Pero fue culpa de ellos y su necedad, Petrica. Les cayó tierra, pero fue un poquito y entonces todos quisieron devolverle la tierra a mi

hermanito. El pelao gritaba «venganza», y los demás reían mientras le echaban tierra en la cabeza al pobre Rodrigo. La Maricruz cree que se ve bella riendo con ese diente negro. Me bajé de la mata y les dije que me tenían hasta aquí. Pero se burlaron, como si lo que dije fuera chiste. Maricruz me dijo ¡Cállate, pelo e chicharrón! Y casi se me salen las lágrimas, Petrica, pero aguanté. Agarré a mi hermano y corrí. A mí también me cayó tierra, pero no me importa. Lo que no soporto es que hagan llorar a Rodrigo.

Me dio rabia. Mi hermano tenía todo el cabello sucio. Mi mamá siempre dice «si no defiendes a tu hermano, quién más lo va a hacer, Rosalinda». Y tiene razón. Rodrigo es el mayor, debiera defenderme a mí, así como El pelao defiende a Matías; pero Rodrigo es como un niño chiquito. Y si él es como un niño chiquito, entonces yo soy la mayor, y si soy la mayor, a mí me toca defenderlo. Mamá dijo que lo que hice no estuvo bien, se puso a gritarme, parecía una loca, igual que las tías. No me comprende. Me mandó a encerrarme en el cuarto de mamaíta solo porque los otros estaban llorando, y las tías andaban con su griterío; pero ni si quiera me preguntó, y cuando quise contarle porqué lo hice, me mandó a callar. Cuando está con su familia no me deja hablar y no me apoya. No lo entiendo. Ella misma dice que son una molestia esos niños, y que las tías son insoportables, y que el tío es un brujo loco. No, no le grité muy duro, solo quería que supiera lo de la tierra, pero no me dejaba hablar, así que alcé la voz. Ella me agarró de las patillas. No me gusta que haga eso. Se me salieron las lágrimas, frente al tío que en ese momento sacaba a El pelao.

No, Petrica, mamá no tiene razón, en lo otro sí, en esto no. ¿Eres amiga mía o de mamá? Rodrigo no llegó a hacerles nada grave. Está bien, seguiré contándote.

Yo le quité toda la tierra de la cabeza a Rodrigo, o bueno, lo que pude, porque no es fácil lavar ese pelo, y además con lo de las gallinas, mi hermano se puso raro. Se soltó de mí y corrió para estar más cerca del tío tan pronto vio que este comenzaba a retorcerle el cuello a una de las aves. Ya sabes que Rodrigo ve todo, nada se le escapa. El pobre animalito perdía la vida y mi hermano miraba con los ojitos brillantes. En eso, llegaron los otros. Siempre tienen que copiarse y hacer lo que uno hace. Cuando el tío agarró a otra gallina, Rodrigo aleteó con las manos, así como cuando está feliz. Pegó uno de sus gritos alegres cuando las cabezas de las pobres avechitas rodaron por el suelo. A mí todo eso me parecía feo, ¡qué asco!, pero Rodrigo gritó más y luego se carcajeó, mientras el tío dejaba que la sangre cayera en una tinaja de barro. Imaginé que el tío haría brujería con la sangre, porque para qué la estaba recogiendo. Por no seguir viendo, me fijé en El pelao, y me di cuenta de que no le estaba gustando ver tanta sangre, pues miró a Matías con los ojos abiertos y el pecho se le levantó y se llevó la mano a la boca. Fue tan graciosa su cara que me reí con ganas y lo señalé. Él me amenazó con el puño, pero no me dio miedo. Yo estaba contenta, porque se me había ocurrido la gran idea. Rodrigo comenzó a lanzar las plumas que el tío le estaba quitando a las gallinas. Las plumitas se elevaban solo un poco y luego caían lento dando vueltas. Yo me reí mucho más.

Tuve que esperar un buen rato para hacer lo que quería. En la casa de mamá todo el mundo andaba de aquí para allá. A mí no me cabe en la cabeza... Sí, ya sé que es una frase que usa mucho El pelao. ¿Acaso no la puedo decir yo también? A mí no me cabe en la cabeza que adornen la casa el propio día de navidad. En casita, mamá, Rodrigo y yo adornamos cuando comenzó diciembre... Bueno, no quería que me vieran, así que tuve que esperar hasta después de mediodía.

En el almuerzo, El pelao, Matías, Maricruz y los demás se sentaron juntos como siempre. Yo me senté al lado de Rodrigo. Estábamos lejos, pero igual El pelao y sus compinches tapaban sus platos y no dejaban de cuchichear mientras miraban a mi hermano. Yo estaba que no aguantaba, y me moría por dejar la mesa y comenzar con mi gran idea. Ay, chica, pero espérate. ¿Estás apurada? Hablo fuerte por la emoción. Mamá está allá abajo, no va a escuchar nada. Y si pregunta le diré que estoy hablando sola, inventando cuentos. ¡Le puedo decir que hablo contigo! ¿Qué te parece? Está bien, no lo haré. Me rio porque me da risa, chica. Hoy estás muy delicada.

Mis primos se parecían a Lali cuando cuida su plato. Lo que les faltaba era ladrar, pero mi Lali es más bonita que esos piojosos... Claro que sí, El pelao tiene esa cabeza que le sudan piojos. Eso lo dijo su mamá. Así que sí es un piojoso, y los demás se la pasan con él, así que también deben tener. ¿Qué? Yo no tengo piojo, a mí no me ha caído. Mi pelo no agarra piojo. A la Maricruz, con ese pelo lisito, sí le debe haber caído.

Sí, ya sigo. Los piojosos miraban y hablaban bajito de Rodrigo y de mí, y eso me daba rabia. Mi hermano estaba lejos, no les iba a quitar su comida; además, todo el mundo sabe que yo siempre aparto un poco de la mía para que mi hermano se la robe. No tienen que ser odiosos. Pero ¿sabes qué? Ya no impediré que Rodrigo se levante y les robe comida. Que se las quite toda si quiere. Ojalá que esta noche les quite sus hayacas y su pan de jamón. ¡Ellos lo llenan de tierra, ah, bueno, que él los deje como muertos de hambre!

En la mesa, mientras los piojosos comían y protegían su comida, yo seguía pensando en lo que iba a hacer. Al rato mi hermano comenzó a hacer volar los pedazos de pimentón que no se comió y mis primos se levantaron gritando «sálvese quien pueda». Gafos. Yo le quité el plato a Rodrigo y le di un beso en la frente. Fui a la cocina y fregué solo los platos que usamos él y yo, y luego volví a la mesa. Lo encontré comiendo las sobras que habían dejado los piojosos. Las tías y mamá hablaban y reían muy fuerte. Agarré a mi hermano

de la mano y me lo llevé. Gritó mucho, pero se quedó tranquilo cuando le dije bajito que veríamos una gallina muerta.

Sin soltarnos las manos, hicimos un recorrido por toda la casa. Pasamos por el cuarto de los santos, pero no entramos en ese momento. Decidí esperar un rato aquí, en este mismo cuarto, porque es el único con aire acondicionado, y Rodrigo no se fastidiaría tanto por el calor. Un rato después mamá y las tías entraron, y nos mandaron a salir porque ellas descansarían. Agarré a Rodrigo y puse cara seria, pero estaba emocionada.

En el patio, mamaíta estaba rezando con un rosario bajo la mata de mango. El tío estaba activo preparando el fogón para asar los animales para la cena. Había matado otras gallinas. Busqué la tinaja, pero no la vi. La imaginé llenita de sangre. Escuché que, a lo lejos, Matías cantaba y tocaba el cuatro. Estaba con los otros en la casucha de las herramientas. Siempre me ha gustado la voz de Matías, y antes lo quería, pero ahora se porta igual que El pelao, malo e insoportable.

Papá y los esposos de las tías estaban fuera desde la mañana, así que nadie me descubriría. Volvimos a entrar en la casa, y fuimos derechito al cuartico de los santos. Casi nunca entro ahí, tú lo sabes. No me gusta que me vean fijo, así como miran ellos. Bueno, a ti te lo permito porque tú eres mi amiga.

Entramos, y me quedé impresionada porque había más santitos de los que recordaba. Había caras pequeñitas que se parecían mucho a las grandes que ya estaban ahí, en medio de ese montón de velas derretidas. Era como si los santos más grandes hubiesen tenido hijitos. El negro Felipe grande y el negro Felipe pequeño, el indio grande y el indio pequeño, José Gregorio Hernández grande, y un José Gregorio chiquito que me pareció muy tierno. Hay muchísimas María Lionzas. La imagen de la virgen sigue siendo la más bonita; y la de Simón Bolívar ahora tiene una boina roja en la cabeza. Eso me dio risa. La revolución tiene loco al tío. Luego busqué y encontré tu cabeza, Petrica, siempre en el mismo altarcito a un lado de todos esos mirones, siempre con los dientes pelaos y los dos huecos oscuros de tus ojos.

Hacía calor y Rodrigo comenzó a balbucear. Le dije que lo soltaría y que lo llevaría a ver a las gallinas muertas si se portaba bien. Se quedó quietecito en lo que le mencioné a las gallinas. Las tías, los piojosos y hasta mi mamá, dicen que Rodrigo no entiende. Yo sé que sí, lo que pasa es que él hace lo que le da la gana, y a veces lo que yo le digo. Él observaba todo, pero se quedó encantado con la imagen de la virgen. No sé si la virgen le dijo algo, pero mi hermanito comenzó a reír. Le di vuelta a la imagen para que Rodrigo dejara las risas y no hiciera tanta bulla. Cuando se quedó en silencio, vi que la tinaja estaba en el suelo junto a los dos platos de comida que dejaron mis tías frente tu altarcito.

Nunca me has dicho cómo comen todos esos santitos con esas boquitas de yeso. Ah, no comen. ¿Y a ti tampoco te gusta? Entonces, ¿pa qué les dejan comida? Ya, ya, te sigo contando. No entiendo por qué estás tan apurada e interesada en que te cuente esto. Sí, sí, está bien, pero no me jales el cabello así. Sí, sí, seguiré contando.

Rodrigo vio los platos de comida y se emocionó. Tuve que dejar que se comiera el arroz de los dos platos porque no quise que sus gritos nos echaran a perder la idea. La tinaja pesaba mucho. Se la di a mi hermano, pero le indiqué que no la abriera y que, si lo hacía, no veríamos a las gallinas y la sangre. Salimos del cuarto de los santos...

Si tú eres santita, deberías poder saber todo esto que según quieres que te cuente. Ah, tú no eres santita. ¿Y qué eres? Entonces deberías saberlo, porque mamá dice que Dios ve todo lo que uno hace. Ay. Ya no me tratas bien.

Bueno, caminamos hasta el patio. Los piojosos estaban cantando «El burrito sabanero». Abrimos la puerta de la casucha de las herramientas y entramos. Matías dejó de tocar el cuatro, y los demás hicieron silencio. Nos miraron extrañados. Les molestaba que estuviéramos ahí. Siempre han sido malucos. Le quité la tinaja a Rodrigo que había empezado a balbucear. Coloqué la tinaja en el suelo, le quité la tapa. La cara de espanto o de asco que puso El pelao era graciosa, y Matías miró a su hermano y lo tomó de la mano. Maricruz preguntó algo, pero no le presté atención. Uno de

otros niños dijo que nos fuéramos. Sé que otro dijo que eso era pecado. Metí los dedos en la vasija y los saqué rojitos y pegajosos. Levanté la mano y la coloqué frente a los ojos de Rodrigo. Vi que mi hermanito sonreía, y que sus ojitos brillaban. Comenzó a aletear. Sacudí la mano y la sangre voló. Hubo gritos. El pelao se miró la franela y abrió mucho los ojos, Petrica, muchísimo. En la cara se le notó que quería llorar. Rodrigo gritaba emocionado; batía las alitas, pero se las agarré y las introduje en la tinaja. No sé más nada, porque salí corriendo y tranquilé la puerta.

Mientras me lavaba los dedos en el tubo de la porqueriza, escuché los gritos de los niños, y luego los gritos de «ay, ay ¿qué pasó? ¿qué pasó?», de mi mamá y las tías.

El tío llegó corriendo de no sé donde y abrió la puerta del gallinero. Yo ya me había subido en la mata de ciruela. La primera que salió fue Maricruz, llenita de sangre, sus dos hermanitos salieron luego. Todos chillaban. Matías salió con un llanto tranquilo. La sangre apenas lo había tocado, solo un poco en su cabello y en su pantalón; pero su cuatro estaba todo empatacado. Eso me dio tristeza. Rodrigo salió brincando y gritando. La sangre le llegaba hasta los antebrazos, y le había caído en los zapatos. Gritaba y reía. Estaba feliz, moviendo las alitas rojas.

El tío tuvo que cargar a El pelao, que lloraba como niño chiquito. Con tanto llanto, por unos momentos llegué a sentirme la mayor. La idea había resultado. Las tías corrieron a abrazar a los llorones y mamá, al verme encaramada en la mata, limpiecita y tranquila, me llamó. Ya lo demás lo sabes. Me mandó a encerrarme aquí, y me aseguró que el niño Dios no me dejará regalo esta noche.

Petrica, ¿por qué te interesaba tanto que te contara todo esto? ¿Qué? Pero ya te dije que ellos se estaban metiendo con mi hermano, y, además, yo no sabía que la sangre era tuya, y que eso sí te gustaba. ¡Petrica, por favor, no me castigues! ¡Por favor, por favor, por favor! ¡Petrica!

# ¡HA LLEGADO SANTA CLAUS!

POR: KALTON HAROLD BRUHL

Los niños escucharon, sobresaliendo entre el gélido aullido del viento, el repiqueteo cada vez más cercano de unas campanillas. Permanecieron en silencio, agazapados entre las sombras del salón, donde esa tarde habían colgado sus medias. Apenas lograron contener la emoción que se les agolpó en la garganta y les hizo brillar las miradas: Santa Claus estaba a punto de llegar.

Minutos después escucharon ruidos en la chimenea. Allí estaba, colocando el costal en el suelo antes de sacudirse el hollín del traje. Cuando se inclinó para levantarlo de nuevo, los niños más grandes se abalanzaron hacia él, haciéndolo perder el equilibrio. En ese instante, los demás salieron de sus escondites, blandiendo afiladas estacas de madera. Lo habían planeado todo desde la Navidad anterior, cuando dos niños del orfanato murieron, de acuerdo con los adultos, por afecciones respiratorias. Ellos sabían la verdad. Lo vieron acercarse a sus camas y aspirarles el aliento hasta que quedaron inmóviles y con un desagradable tono azul en la piel. Era de esperarse, de alguna forma debía adquirir la fuerza para vivir durante siglos.

Alrededor del cuerpo destrozado repasaron los planes para dentro de doce días. No podían darse el lujo de cometer errores, esa noche serían tres los rivales a vencer. De lo que estaban seguros era de que, con todo el carbón que encontrarían en sus zapatos, nunca más volverían a pasar frío.



## Kathy Pérez

### *La navidad de Braulio*

¿Escuchaste eso? Sonó como un golpe de alguna superficie hueca. Creo que es evidente, aquí todas las casas están hechas de madera, el sonido proviene de esa puerta vieja detrás de la mesa. ¿Qué habrá dentro?

Huelo muchas cosas dulces, pero también hay otro olor desagradable. Me acercaré a la puerta, quiero saber que hay dentro, tal vez Casi Santa este buscando más regalos. Avanzó. Quiero ver que hay dentro, pero siento... que no llegaré, tengo mucho sueño.

Un fuerte golpe azota el piso de madera...

¿Por qué estás en el suelo, que sucede? No veo muy bien, escucho mucho ruido, no sé de dónde viene.

¿Dónde estás? No puedo verte ni escucharte. ¿Dónde estás? ¿Por qué gritas así? Me estas asustando, amigo, no puedo verte.

Luego un silencio desgarrador acompañado de la imagen borrosa de alguien caminando por el pasillo mientras arrastra algo.

# DUENDES NAVIDEÑOS

POR: MIRZA PATRICIA MENDOZA CERNA

Los duendes estuvieron de acuerdo en tirar sus puntiagudas gorras al piso y paralizar la producción. Se retiraron de la fábrica sin importar que afuera hiciera frío. Tenían que dejar atrás el largo sometimiento, así que poco les importó a dónde les llevaría el camino. En el trayecto, empezaron a caer por la hipotermia, el cansancio y la inanición. Los habitantes, guiados por las huellas de la nieve, vieron a su paso los cuerpos regados. Sus rostros cadavéricos presentaban signos de dolor y preocupación.

A varias millas del lugar, un grupo de atrevidos exploradores encontraron la fábrica secreta de juguetes, también guiados por las huellas de los duendes. Al llegar, la decena de hombres percibieron un olor nauseabundo que luego dio paso al infame escenario de renos desollados. La rebelión de los duendes había dado por finalizada la navidad. Papá Noel estaba histérico, sin sus pequeños esclavos que trabajen “veinticuatro siete” creando juguetes, su labor de benefactor no podía continuar. Por ende, no podría colmar su colosal ego. A través de las ventanas rotas, los ojos de los exploradores brillaron de avaricia al ver las riquezas del panzón de barbas blancas.

La navidad pasada pudo a duras penas entregar algunos juguetes, los que estaban separados por estar fallados o incompletos. El llanto general de los niños colmó la paciencia de los padres, quienes maldijeron al que antes les llevó exquisitos regalos y felicidad. Esa ocasión fue tan solo una huelga de los duendes lo que paralizó la producción y al no llegar a un acuerdo, estos decidieron abandonar el lugar para morir. Aunque Papá Noel intentó retenerlos no pudo

contra la estampida. Enloqueció y rompió todo a su paso. Pateó puertas y ventanas. Las montañas de cartas paternas, llenas de quejas y reclamos, las hizo arder en el medio de la línea de producción.

Cuando los hombres llegaron, el arruinado viejo bebía una mezcla de whisky, coñac y leche. Luego alternaba fumando una pipa mientras veía, cual Calígula, las magnánimas llamas crepitar. Derrotado. Ya adentro, los exploradores creyeron que entre todos podían contra el regordete. Se dieron ánimos y palmaditas en el hombro para iniciar la emboscada.

—Mátenme y terminen con mi fracasada vida. — dijo Papá Noel con impactante tranquilidad al verlos.

El viejo empezó a desvestirse ante la atónita mirada de los hombres.

—Antes de que me eliminen, les pido que se lleven todo el oro que puedan encontrar aquí, no dejen nada. Solo les suplico una cosa: no toquen los juguetes.

Los hombres al saberse vencedores patearon al viejo y le quitaron las botas. Lo empujaron y lo escupieron. Riéndose de él, tocaron los juguetes a medio a hacer.

El viejo no podía prohibirles nada, al fin y al cabo, ya era un hombre muerto.

Al tocar los juguetes, un fuerte hipo los hizo empequeñecer cada vez que saltaban movidos por su diafragma. Un impulso los hizo sentarse a terminar las delicadas muñecas, a ensamblar los trenes y pintar los soldaditos de plomo. Se pusieron los gorros puntiagudos del suelo y entre villancicos iniciaron su labor movidos por el maleficio.

Papá Noel los vio embelesado, semidesnudo y borracho. La navidad podía seguir unos lustros más.

# CASCABEL, LINDO CASCABEL

POR: FLOR M. GARCÍA

En aquella casita de madera y ventanales de vidrio en lo alto de esa colina pequeña, entre frondosos árboles de María, donde florecen hermosas rosas en derredor, todo parece tranquilo, excepto hoy. Él logra divisar un zapatito rosa en mitad de la sala, continúa caminando hacia la habitación donde le pareció escuchar aquellos gritos. Es una casa vieja, de madera y ladrillos que hasta hace poco volvieron a habitar. Como vecino de esa encantada casa jamás había tenido que ingresar al recinto, sin embargo, hoy no lo dudó al escuchar gritos de auxilio.

Continúa subiendo las escaleras, aproximándose de prisa hacia lo que parece ser la escena. La puerta está entreabierta, hay pertenencias tiradas por doquier, vidrios, objetos, ropa, juguetes, la ventana abierta, la vieja cortina se mueve dejando pasar un viento frío que le hiela la sangre. Allí está, frente a él, aún tibia la piel de una pequeña niña que, dadas las circunstancias en las que se encuentra, ha sido violada, ultrajada y cercenada.

—¡Policía! ¿Quién está ahí? —se escucha desde el piso inferior.

Una tenue música de navidad suena a lo lejos: “Cascabel... lindo cascabel”, entre hermosos lazos rojos y bolas de nieve que cuelgan del árbol olor a pino en la esquina, y llega hasta la habitación de la pequeña de 7 años. Una cajita de música mueve sus piecitas mientras una doncella con vestido rosa da vueltas sobre su pista circular.

La policía sube rápidamente al segundo piso, asegurando todo el lugar, pero no encuentran rastros de ninguna persona en la casa más que el

cuerpo inerte de Sara.

Poco después, llega al lugar el médico forense y hombres de blanco comienzan a entrar por el patio de la vieja casucha, una ambulancia consigue estacionarse en la orilla de enfrente, un vecino le ayuda para que pueda llegar rápidamente. La calle se ha llenado de personas que husmean, buscando respuestas, quién podría haberle hecho algo tan aberrante a la pequeña Sara, donde está su madre, porque nadie escuchó nada, preguntas sin respuesta por el momento.

Dos patrullas de policías continúan analizando y buscando pistas en el perímetro ya acordonado, intentan dar con el móvil que provocó la muerte de una inocente de forma tan despiadada.

\*\*\*\*\*

Te contaré una historia... hace muchos años vivía en aquella casa una anciana solitaria y amargada, no le gustaban las visitas, por lo que rumores corrieron de que se dedicaba a la brujería, muy pronto los vecinos empezaron a llenarse de ideas y se unieron para buscar una solución a aquel problema que atormentaba a sus hijos, pues la casa estaba en todo el centro de la calle y muchos niños tenían que pasar frente a ella para ir a la escuela. La anciana tenía una hija, su única pariente, pero esta no parecía quererla ya que nunca la visitaba.

Al poco tiempo la mujer comenzó a enfermar misteriosamente, pero no había quien quisiera cuidarla, poco a poco comenzaron a desaparecer niños y por más que las autoridades buscaron nunca dieron con ellos ni con sus cuerpos. Los vecinos estaban atemorizados pues sospecharon que la vieja

anciana algo tenía que ver con las desapariciones, les extrañaba que luego de encontrarse muy enferma de momento comenzara a mejorar, su piel había vuelto más tersa e incluso tenía más agilidad a pesar de su avanzada edad, así que los vecinos sabían que algo siniestro escondía aquella vieja casa y su ocupante.

Luego de algunas reuniones concordaron en que dos de ellos ingresarían a la propiedad para investigar con la intención de hallar pistas contundentes que entregar a la policía y dar con el paradero de sus inocentes hijos.

Lo que encontraron en aquella casa les dejó sin palabras. En el congelador que se encontraba en la cocina había botellas repletas de sangre, que desearon en vano no fuera humana, ya que al abrir la parte de abajo del frigorífico encontraron a sus pequeños.

Horrorizados, pensaron que les tomaría tiempo intentar reunir las extremidades correctas.

Entre vasos de vidrio en alacenas, ojos, dedos, sesos, restos de corazones tiernos y blandos, todos bien conservados... uno, dos, tres, siete... seguían apareciendo más y más restos. Uno de ellos no pudo resistir más y se quebró en llanto al intentar presionar los números para dar parte a la policía de lo que presenciaban, su impotencia al no poder comprender lo que contemplaba lo sumió en la desesperación, pues el escenario en que se encontraba no dejaba cabida a la razón.

Salieron de ahí despavoridos, tratando de no hacer ruido, llamaron a las autoridades tras recuperar el aliento y entre sollozos y lamentos juraron vengarse de aquella anciana que le arrebató la luz de sus ojos. Idearon la manera de acabar con ella y su descendencia de una vez y por todas.

Cierta noche, uno de los vecinos se acercó a la orilla de la casa de ladrillos con dos tanques de gasolina y una caja de cerillos. La casa ardió rápido en llamas y nadie acudió a los gritos desesperados de la anciana; cuando los bomberos sofocaron el incendio al amanecer, producto de las constantes llamadas de calles adyacentes y la policía se apersonó, los habitantes de moradas colindantes se pusieron de acuerdo para indicar que no habían escuchado ni visto nada.

De aquella casa solo quedó un viejo cascabel rojo que yacía en la entrada de la habitación de la hija que tanto añoraba la anciana, un solo cascabel como única pertenencia, que fue entregado a la heredera luego de la autopsia.

Su hija nunca quiso saber en qué circunstancias murió su madre pues de cierto modo, pensaba que seguía con vida.

Tras un tiempo se conoció que el caso nunca se resolvió, quedando sospechosos indicios, más la policía no pudo dar con el o los culpables por falta de pruebas, ningún vecino mencionó más de lo necesario.

Algunos residentes aledaños concordaron en que la viejecita era muy mayor y tal vez senil para haber provocado un incendio ella sola. Tal vez una vela encendida, una llave de gas abierta, un candelabro mal colocado pudieron ser la causa del siniestro.

Años más tarde, la hija de aquella anciana volvió para reclamar la propiedad que había sido remodelada. Una parte de la casa fue reconstruida con madera, aunque mantenía la atmósfera fría y tétrica que la anciana habitó; también se conservaron sus hermosos y frondosos árboles de María.

La mujer llegó con una pequeña de rubios cabellos y rebosantes mejillas que traía en sus manos un cascabel rojo brillante con adornos dorados con el que jugueteaba por el jardín mientras su madre bajaba algunas maletas.

Aquella mujer que los lugareños desconocían y su pequeña hija comenzaron a vivir en la casa, buscando la paz y la tranquilidad que hacía años atrás arrebataron.

Los días empezaron a pasar y los rumores de sus identidades también.

Desde la hermosa habitación rosa todavía se escucha una pequeña vocecita de una niña cantando entre susurros: Cascabel, lindo cascabel.

# LA NAVIDAD DEL CUERVO

POR: ROSE LYNN

La luz de la lámpara al fondo del pasillo resplandecía, pero era muy tenue. Después de un rato, comenzaba a desvanecerse, diluyéndose con las sombras. Me veía allí, de pie, muy quieta mientras el terror se alojaba en mí, entraba en mi piel y se agitaba, se revolcaba, y conseguía apretarme las entrañas. Esta casa vieja, olía a muerte y a olvido, como las plantas que van marchitándose.

Aquí estábamos en el medio de la nada, al norte de un pueblo solitario de Portugal, escondidos en el centro de un amasijo de árboles altos y cielos nublados. No había vecinos o voces conocidas, no había más casas en las cercanías. Parecía que nuestra existencia era única, ondeándose como una bandera a la que solo podía verse desde muy lejos. Día a día saboreábamos el hambre y el frío como amigos cercanos.

Respiré con dificultad, pues, el frío me estaba comenzando a endurecer las manos y los pies. Seguí allí, paralizada, temblando, hasta que un golpe en la ventana de la sala me alertó. No pude ver al momento de qué se trataba, pero estaba segura que había sido tan fuerte como para romper el cristal. De pronto, el golpe sonó más fuerte, era repetitivo y estruendoso. Me acerqué con cautela, desde el pasillo no podía ver nada. Estaba casi llegando cuando tropecé con la esquina de la mesa de la televisión. Me encogí de dolor, estaba descalza y el piso estaba resbaloso por causa de la humedad.

Las luces del árbol de navidad, se reflejaban en el cristal. Entonces, lo vi. Era un pájaro negro, un cuervo. Estaba segura de que era un cuervo. Se agitó al verme, golpeando con su pico de forma incesante.

“Un cuervo en medio de este frío” susurré.

Tenía sangre en el hocico y parte de su cabeza, pero sus ojos, negros como la noche, me observaron con melancolía. Por alguna razón, me vi allí reflejada en ellos, como si fuéramos uno solo. Dejó de picotear la ventana, se quedó quieto, viéndome, como si escuchara mis pensamientos y los hiciera suyos. Me sobresalté cuando abrió sus alas y se marchó. Por un momento pensé que se quedaría, que intentaría sobrevivir aquí, como yo.

Escuché el sonido de la lámpara al moverse, cuando la bombilla se mecía de un lado a otro y rozaba el cristal. Comenzó a titilar. Primero muy rápido, luego, más lento. Mi cuerpo comenzó a sentirse pesado, aun así, me acerqué despacio. Tenía esa extraña sensación de que lo peor estaba por ocurrir. Me encontré allí, de nuevo bajo el corto umbral de esas dos cortas paredes mientras la luz se encendía y apagaba por sí sola. Me fijé en las puertas, paralelas, una contra la otra.

“Dos” me repetí a mí misma.

La que estaba a mi izquierda, era la que compartíamos mi hermana Beatriz y yo. La de la derecha, era la habitación de mis padres. Avancé despacio mientras los dedos de mis manos rozaban la tela de mis vaqueros. Había un ligero tintineo, con un sonido espeso pero muy lejano. Recorrí el pequeño rellano que abarcaba la sala y la cocina, cuando mi mirada se detuvo en la estrella de alambre con luces de colores que brillaba desde la ventana, justo detrás del sillón verde. Tomé una larga bocanada de aire, pero antes de que pudiera concentrarme en respirar, escuché a mi madre.

Lloraba. Sus sollozos eran esa triste canción, esa profunda desesperación incurable. Corrí hasta su habitación y la vi. Estaba de espaldas, con la mirada fija en la nieve que arreciaba desde afuera. Su piel estaba azulada, pétrea, como si de una momia se tratara. Vestía solo una fina bata de dormir. No me había visto, pero sabía que estaba allí.

“Mamá...” dije con voz suave.

“Ellos...” susurró.

Me acerqué más y apreté su mano izquierda, quería que parara de llorar.

“Están...” susurró de nuevo.

Dio un largo respiro, pero parecía que se asfixiaba.

“Buscando...” soltó mi mano.

“¿En dónde están mamá?” pregunté.

Sus ojos se clavaron en los míos con amarga desolación y también con mucho miedo, como aquel que se sentía de forma visceral. La puerta de la entrada chirrió y las manos de mi madre se aferraron a las mías con fuerza. Estaba temblando, su cuerpo era como una hoja de papel al viento.

“Papá” dije con voz quebrada.

Su mano derecha comenzó a subir hasta que su dedo índice alcanzó el centro de sus labios. Me pidió que guardara silencio. Me estremecí sintiendo el hormigueo en mis dedos, parecía que mi cuerpo entero se había aletargado ante la cruel expectativa.

Los pasos de mi padre se sintieron pesados, como los temblores que agrietaban la tierra.

“Tengo frío, mamá” dije casi sin voz.

Mamá se apresuró hasta la puerta y la seguí. Tenía la intención quebrada de protegerla. Se detuvo justo en el umbral, sin girarse. Sin embargo, su voz dejó flotando unas palabras apagadas:

“Busca a tu hermana, yo me encargo de papá” dijo antes de salir.

Dejé de escuchar los pasos de papá y sentí ese espantoso vacío, ese miedo despiadado. De fondo, solo el sonido de la televisión que ha sido encendida se escuchaba. Me tapé los oídos por instinto, el ruido era muy fuerte, a tal punto de ensordecer.

Un pitido nefasto y espeso desordenaba cada uno de mis pensamientos, incluso, mi voluntad. Poco después, escuché los latidos acelerados de mi madre. Me imaginé su miedo, el temblor en sus dedos, como apretaba su estómago. Esperé un poco para seguirla, pero cuando logré verla, ya había cruzado la sala y estaba detrás de papá. Su cuerpo se tambaleó, pero por un mísero instante sus manos se levantaron y estaban a punto de cerrarse alrededor del cuello de él. Me tapé la boca, no podía gritar. Ahora no. Papá se inclinó hacia adelante y mamá apartó sus manos. Desde mi posición, podía ver el terror en los ojos de ella.

Papá estaba sentado en su silla, absorto, desordenado, lleno de nieve y barro. Lo poco que se veía de él era su impermeable rojo y sus pesadas botas negras. Su sombra lo abarcaba todo, se paseaba por las paredes hasta cubrirlas por completo en una cruel oscuridad. Era inmenso, robusto, como el tronco de un roble, como un oso cuando se preparaba para descuartizar a su presa.

Lo vi cuando se giró, con sus ojos redondos y azules, duros y penetrantes, como el hielo a punto de quebrarse. Sus dientes rechinaron y los dedos de sus manos apretaron con rabia impaciente, el posa brazos. Me escondí detrás del sofá que divide la sala de la cocina y el baño. Nunca me vio, no desde allí. Mamá gritó, la escuché quejarse mientras me apretaba los ojos con los dedos.

“¡MALDITA ZORRA!” gritó papá.

Escuché el estruendo de un golpe seco. La estaba golpeando. La estaba matando.

“¡PUTA RAMERA!” continuó.

Sentí el ardor en mi pecho, con todo el miedo quebrándome las piernas, me puse de rodillas y asomé mi cabeza sobre la espalda del sofá. Vi a Mamá. Sus párpados estaban hinchados, llenos de sangre, y, aun así me vio. Me estaba diciendo adiós, sus ojos se estaban apagando.

“¡Por favor!” le rogó ella.

La tiró al suelo, luego, agarró un grueso mechón de su cabello y tiró con fuerza. Comenzó a arrastrarla hasta la cocina mientras su cabeza golpeaba contra todo. Mamá dejó de quejarse, pero sus labios se apretaron cuando la sangre comenzó a caer desde su frente hasta la comisura de sus labios. La siguió arras

trando, con aquella manía cruel dibujada en su rostro. Lo vi acercarse hasta uno de los cajones que estaba al lado del lavaplatos, sacó un cuchillo grande y lo agitó en el aire de forma triunfal.

Ahugué un grito, excepto que nadie lo oyó más que yo. Beatriz... pensé. Pero no podía, no podía moverme.

Mamá estaba de rodillas. Papá seguía tirando de su cabello con una mano, con la otra levantó el cuchillo, pronunció unas cortas palabras, y un segundo después el cuchillo le rajó la garganta. Una pequeña lágrima rodó por la mejilla de ella y de pronto, sus ojos se abrieron demasiado. Brillaron como platos de cristal, como estrellas que han explotado, como luces de navidad.

Siguió rajando su cuello, no tenía una forma estructural de hacerlo, lo cortaba, simplemente lo estaba cortando a rajadas, como le apetecía, como lo necesitaba. Cortó, cortó, cortó. El cuchillo se hundía cada vez más mientras la cabeza de mamá se movía de un lado a otro. La sangre comenzó a salpicar la alfombra, el suelo de la cocina, las sillas, los cajones, las paredes, el árbol de navidad. Y brotó como una cascada de tristeza, de injusticia. El cuello de mamá comenzó a ceder, ya no quedaba nada. Temblé de dolor, temblé de rabia, temblé de tristeza. Pero jamás me moví para salvarla.

Ahí estaba él, con la cabeza de mi madre balanceándose como un péndulo. La blandía de un lado a otro, jactándose. Lo que restaba de su cuerpo se desplomó sobre la alfombra con un sonido seco y lento, no lo imaginaba así, sin embargo, en ese punto solo podía escucharse la risa desquiciada de mi padre, vanagloriando su macabra hazaña.

Como estaba tan cerca, el olor de su sangre me inundó de lleno la nariz. Y entonces sentí la humedad pegajosa debajo de mis pies. Aquel líquido espeso y rojo nubló mis ojos y la sangre de mi madre comenzó a derramarse desde las paredes, brotaba a través de las rendijas llenando los espacios vacíos, alimentando el miedo insano de mi padre. Lo escuché gritar, con rabia, con furia. Comenzó a inundarse la casa. Papá siguió gritando de forma gutural, pero sus pesadas botas

para la nieve chapotearon con todo su peso hacia donde estaba escondida.

Me vio, me descubrió allí paralizada, asustada, temblando. Luego, comenzó a llorar mientras la sangre ya le llegaba a las rodillas, y a mí, casi al cuello.

“Cariño” gimió al verme.

La cabeza de mamá se balanceaba en su mano como un llavero. Su rostro se había tornado azul y la sangre comenzaba a espesarse. Me dolía el pecho porque me costaba mucho respirar. Papá comenzó a agacharse y por un momento pensé que podía quebrarme más frente a su presencia. Me sentí pequeña, minúscula.

“¿Estás lista?” dijo acariciándome el cabello.

Tomé una larga bocanada de aire y un segundo después, me sumergí bajo aquel mar rojo y espeso. Llegué hasta la puerta de entrada, con toda la fragilidad que sentía, me puse de pie. Las manos me temblaban por el frío, pero como pude alcancé las llaves que colgaban de la cerradura y giré. Al abrirse, la sangre que ya me llegaba a la cintura, descendió por los dos escalones, esparciéndose sobre la impoluta nieve.

Miré hacia atrás, queriendo despedirme de mamá, estaba tan segura de que vendría a buscarla de nuevo. Entonces, noté que su cuerpo había quedado atascado entre una silla y el sofá. Papá gritó con fuerza, estaba empapado de sangre y su voz se había transformado en la de un monstruo. Empecé a correr, mis pies sangraban aunque ya no los sentía.

Sentí sus pasos detrás de mí, escuché el rumor de la nieve cuando el peso de sus botas se hundía en cada zancada que daba. Me detuve un momento para respirar. No sé cuánto tiempo pasó hasta me atreví a mirar atrás. La cabeza de mi madre seguía prendida a su mano, bailando de un lado a otro. Cogí aire, jadeé y de pronto, mis rodillas tocaron el suelo. Recuerdo haber escuchado a papá, sus gritos, su desesperación, su furia. Estaba tan cerca de llegar, tan cerca de que Beatriz pudiera verme. Alcé la mirada hacia los árboles y me desvanecí.

Abrí los ojos poco después, pero estaba sin fuerzas. Papá me llevaba en los brazos, me sentí pequeña de nuevo, casi segura.

Las ramas se rompían bajo su peso, y él siguió andando. Observé que sus labios se movían de forma frenética, como si recitara una oración. Luego vi a mamá colgada a uno de los botones de su impermeable. El viento se puso más frío y la nieve comenzó a caer de nuevo.

Escuché el río, estábamos cerca. Pensé en mi madre, luego en mi hermana. Sentí la necesidad de gritar, pero mi garganta dolía y ardía. Poco después, pensé en mi padre, en su forma de masticar las arvejas, en su forma de mirarse al espejo, tapándose primero el ojo izquierdo con su mano, haciendo lo mismo con el derecho. Y, en su tormentoso odio, ese odio cruel que nunca quisimos ver.

Se detuvo, sus brazos se aflojaron un poco hasta que mi cuerpo cayó sobre una superficie rígida y húmeda, podía sentirla bajo mis dedos. Me revolví un poco, casi ausente. La nieve me llenaba la cara y a mi padre, la barba. Oí de nuevo su susurro, la oración que había dicho poco tiempo atrás. De pronto, un suave aleteo, luego un chillido seco y ronco. El cuervo estaba allí, frente a mí, con su mirada brillante e inquietante. Voló hasta los dedos de mis pies y comenzó a picotearlos. No sentía nada, el frío los había congelado. Vi como brotaba la sangre, pero me quedé quieta, muy quieta.

Había un grueso árbol sobre mi cabeza. Sus ramas se extendían largas y gruesas. Era tan antiguo como estas tierras. Papá estaba de espaldas, sin darse cuenta del cuervo. Su mano alcanzó una cuerda, deshizo el nudo y estiró. La cabeza de mi madre colgaba desde los mechones de cabello. Le había limpiado la sangre, pero ahora su piel estaba morada. Al lado, estaba la de Beatriz. Estaban una al lado de la otra, meciéndose despacio con el viento frío. En el suelo, justo debajo de sus cabezas, estaban sus cuerpos, degollados y sin dignidad.

Lo vi caminar hacia mí. Lo hizo con parsimonia, contando sus pasos. Se acercó y vio primero al cuervo que llevaba un trozo de mi piel en su pico, luego me vio a mí.

“Voy a salvarte a ti también” dijo.

Antes de que mi pesado cuerpo pudiera moverse, incluso antes de respirar y suplicar, papá levantó el cuchillo y lo hundió en mi garganta.



## Lou Luna

### *Padre*

*“Soy la hija destinada a no nacer de mi madre maldita”.*

Esta ilustración está inspirada en un cuento de mi autoría que forma parte del libro *Bellas y Malditas*; se desarrolla el 24 de diciembre en víspera de navidad. Es una representación de lo que es en el hombre la concepción del mal nato y la moneda del yo inclinada hacia lo destructivo.

# EL NUEVO PAPÁ NOEL

POR: CARLOS ENRIQUE SALDÍVAR

Papa Noel estaba enfadado porque la gente había perdido el espíritu navideño, así que decidió suicidarse. Además, se creía responsable de este mal que inundó el planeta y convirtió la navidad en una época en la que solo se debía gastar en comida, regalos y otros placeres; de algún modo sintió que había promovido la frivolidad de los obsequios hasta niveles de locura. Anunció públicamente su autoeliminación y se subió a un alto edificio. El hecho apareció en los noticieros de la Tierra, pero a pocos les importó, salvo por el morbo de ver morir a alguien.

El rechoncho personaje saltó y al caer al pavimento explotó y se convirtió en infinidad de hombrillos similares al original que se dirigieron, entre risas, a los hogares del mundo, para robar todo lo que encontrasen, pues cada uno tenía en su poder un saco sin fondo. Ahora, en cada navidad, los ciudadanos hacen lo posible por resguardar sus casas, mas no pueden evitar a esos «duendes» abominables, los cuales, no contentos con hurtar los objetos más preciados de las residencias, han comenzado a llevarse a las personas.

# ARTILUGIOS

POR: JAVIER VILLAMONTE

Descubrir cosas siempre capturó mi atención y Alberto guardaba debajo de su cama nueva un sinnúmero de artilugios. No compartía el proceso de fabricación con nadie, salvo con la foto de su madre que usaba como separador en uno de sus libros favoritos.

Alberto pasaba horas en la habitación de en frente desarmando despertadores y martillando sin parar. No me dejaba dormir pensando con qué nueva idea se saldría.

Aquella noche no fue sino hasta pasadas las diez cuando el ruido se detuvo. Para ese entonces ya no había rezo que controlara mi insomnio. Mis oídos ahora se concentraban en el leve tictac del cucú de la sala. Temía que desapareciera, igual que lo hicieron los resortes del viejo sofá, el colador, las campanitas del collar de Fufu o las ratoneras de las esquinas.

El pequeño gigante acababa con todo y el padre se hacía el sordo. Decía, mientras me acariciaba, que la intimidad se respeta, que su aislamiento se le iba a pasar, que sólo eran los arrebatos de la edad.

Después de todo, yo no debía quejarme. Sus inventivas simplificaron las tareas domésticas. Gracias a él contábamos con un mecanismo para deshollinar la chimenea y con el aún no estrenado pelador multiusos, que iba a dar mucho de qué hablar aquella Navidad.

Todavía recuerdo la cara que puso Alberto el día que el curita le compro la cama como pago por sus logros obtenidos en la pasada verbena. Había vendido más de una docena de inventos a las damas de la caridad en un puestecillo que él mismo había construido.

Él era un niño popular. Hasta guapo, de esos que como imán atraen a las chicas del pueblo y las hacen perder un tornillo.

Allí, al borde de la cama, con mis ojos pelados en plena vigilia, sentía que a mí también me faltaba un tornillo. Me sacaba de quicio el cucú. Los latidos de mi corazón se ajustaban a sus manecillas haciendo que la cruz que llevaba sobre mi pecho oscilara como péndulo. En cualquier momento el animalito iba a salir por aquella portezuela redonda marcando las once.

—Basta—mascullé.

Después de tener sexo como autómatas con el curita, moví la aldaba y salí de allí. Me dirigí a tientos a la sala. El pasillo se me hizo estrecho y los cuadros de la Virgen y los Santos no perdieron de vista.

Doblé a la derecha y al llegar el olor mudo de la chimenea me hizo recordar esos labios, amargos como algarrobo.

Tomé lo más cercano. Le pedí el tablón acolchado a Fufu y lo puse sobre el viejo sofá, lleno de parches y olvido. Como pude lo moví, me trepé sobre él y así detuve el mecanismo de pesas que gobernaba aquella caja cuadrada rematada con un triángulo de tejas. Luego me senté y allí, en medio del silencio, en medio de la luz maleable de las estrellas que se metía por los resquicios de los ventanales, empecé a rezar mi rosario.

Todo iba bien. Fufu dormitaba en mi regazo. Yo también dormitaba. Mi corazón volvía a contar sus propios pasos llevándome lejos. Ya iba por el tercer misterio cuando, de repente, escucho un traqueteo de trastes en la cocina. Era Alberto.

Debía tener hambre después de tanto trabajo.

— ¡Ojalá no encuentre las galletas horneadas para Pascua! —me dije pensando en el inconfundible olor a clavito de olor y jengibre.

Desde el ángulo que me encontraba pude observar el resplandor de la vela iluminando su rostro ansioso moviéndose hacia la despensa y apagarse, segundos más tarde, al doblar aquel pasillo, rumbo a su habitación. ¡Qué más da! Si al día siguiente era yo quién tenía que darse cuenta de las cosas desaparecidas, pues me asignaron junto con la hermana Clementina todo el peso de la cocina para aquellas festividades.

Diciembre era un mes difícil para todo el mundo. Nadie descansaba, en especial la imaginación de Alberto que lo llevaba de nuevo a recorrer azules cargados de llanto.

El pequeño se acordaba del frío y el hambre rechinándoles las costillas, chapoteando callejuelas salpicadas de mezquindad. Por alguna extraña razón aquel universo pueril y lleno de miserias sólo era confinado a la hermana Clementina. Muy en el fondo sabía que la quería como una madre. Ella siempre tan pura y recatada, tan diferente. La recuerdo meter sus delicadas manos en la masa, y nosotros teníamos que hacer, en la medida de nuestras posibilidades, su santa voluntad.

Quise seguir rezando, pero no pude más. Me pesaba la conciencia como plomo.

Como un resorte me levanté del sofá. Fufo cayó arqueado en cuatro patas y se escurrió temeroso por la trampilla que daba al sótano, dejándome a solas.

Esto era un asunto entre aquel artilugio inerte y yo. Me trepé de nuevo y lo quité de su sitio. De seguro esto lo alegraría. Observé muy de cerca las manecillas que se desfiguraban detrás del polvoriento cristal opacado por el reflejo de una tenue sonrisa.

Alberto siempre quiso al pajarito que estaba dentro, del otro lado de la portezuela. Decía que debía liberarlo y colocarlo en la punta del pequeño pino que engalanaba el patio. Yo no podía esperar hasta Noche Buena para darle la sorpresa.

Me colé de puntillas por el pasillo. Los cuadros me seguían mirando, cuestionando entre ellos mi falta de medida.

Entré a la habitación de Alberto intentando no hacer ruido, pero me tropecé con algo frío y caí de bruces al piso aprisionando al cucú con mis llantas. Miré alrededor. No estaba. Ni un mechón de pelo cobrizo que diera indicios de su presencia en medio de tanta penumbra.

Por un momento pensé salir de la habitación, pero sólo el saber que por fin había invadido el mundo de Alberto me ponía la piel de gallina.

Me levanté, me acerqué a la mesa y prendí la lámpara de kerosén. Sobre ella, había un montón de tuercas, engranajes y otros artefactos. La Biblia, abierta de par en par. Quise acercarme a ella, pero una señora con ojos vidriosos me contemplaba desde una foto. Tenía la misma mirada penetrante que Alberto me lanzaba todas las mañanas en el comedor mientras sorbía su plato de crema.

Retrocedí y bajé la cabeza. Todos me miraban. Incluso el cucú hecho añicos. El minuterero ahora liberado del cristal apuntaba al objeto con el que me había tropezado. Sentí su frialdad avanzar hasta mí. Era una pata de metal.

Volteo, camino hacia la cama. El colchón está rasgado; sus resortes, afuera. Me agacho a fisgonear. Cuatro pedazos de madera sostienen su esqueleto.

Sé que tengo poco tiempo. Oigo al curita gemir en sus sueños. Despertará desnudo, jadeando y verá que aún está en mi habitación. Me apresuro y del fondo de la cama saco varias cajetas. Unas, pesadas; otras, más livianas.

La cama comienza a moverse y a ladearse.

Mis manos tiemblan ya no de vergüenza al desatar la sotana del curita y ofender a Dios con nuestros actos. Ahora me asalta una curiosidad inmensa. ¿Por qué Alberto quiso destruir lo único nuevo que tenía?

Abro la primera cajeta y entonces saco un móvil gigante en forma de ángel, de esos que cuelgan en las terrazas de los pueblos cuando vamos a cantar villancicos. Tiene un halo hecho con la arandela de un colador; el resto del cuerpo, atados con alambres

a unas varillas, se ve deforme, excepto por sus alas, hechas a punta de latón y resortes.

— ¡Qué ocurrencias! ¡Cuando los demás se enteren! —susurré aferrándome al rosario.

Me animo de prisa a abrir las otras cajetas y descubrir los demás accesorios para el arbolito. Justo en ese instante, reparo que el curita está en el umbral de la puerta sujetándose al marco.

¡Ave maría Purísima! Está bañado en sangre de la cintura para abajo. Alberto, a su espalda, me sonríe y observa al cucú destartado. Lentamente alza el brazo y deja caer el recién estrenado pelador multiusos; el mismo que había atravesado los genitales que me privaron de mi inocencia.



# REDONDO METÁLICO GIRANDO SOBRE SU EJE

POR: ALEJANDRO GONZÁLEZ

Aceitunas, bastones de caramelo, bizcochos, jamón, queso curado, ron ponche, uvas, velas y vino espumoso para el brindis era apenas una parte de la lista de compras en el bolsillo de Littbarski para la cena de navidad y los días anteriores.

Él se había esforzado en la fábrica más de lo habitual y el último trimestre lo trabajó a doble jornada para facturar horas extras que, sumado al aguinaldo navideño, le alcanzaba para tener un cierre de año con una modesta abundancia. Tras revisar las góndolas y recorrer los pasillos empujando un orgulloso carrito de compras rebosante y pesado hizo la fila para pagar.

—¿Desea hacer una donación para la fundación El fin está cerca? —preguntó la cajera.

—¿El qué?

—Es una fundación sin ánimo de lucro que...

—No, —la interrumpió. — mejor deme uno de esos emparedados de pavo con salsa de arándanos.

Si iba a tener un gesto caritativo lo haría el mismo. Se dirigió hacia un indigente que había llamado su atención en los estacionamientos del supermercado. Se acercó al linyera más por curiosidad que por caridad, pues había visto en él un atuendo gastado y de una elegancia pasada de moda (Ofrecerle algo de comer era además de un gesto solidario una excusa para verlo de cerca). Se encontró con un rostro desdibujado de ojos cetrinos y vacíos. No parecía de la región... realmente no parecía de ninguna parte.

—Señor buenas noches, aquí tiene algo de comer.

— ...

—Felices fiestas.

—¿Felices? ¿le parece?

—Disculpe, fue involuntario, entiendo que es difícil cuando no se tiene nada.

—Es más difícil cuándo se tiene todo.

—No lo sé, siempre he tenido poco. No tengo como comparar.

—¿Quiere saberlo? Así podrá comparar.

—Mejor que saberlo sería vivirlo. —contestó Littbarski entre risas.

—Al final —dudo un momento. — tenerlo todo y no tener nada es lo mismo.

—Parece contradictorio, ¿no?

—Es por el tiempo. El tiempo mi amigo, difumina las fronteras de la contradicción. —agregó mientras retiraba el pavo del emparedado con sus dedos.

—Pero esas fronteras...

—Cuándo entramos y quemamos el monasterio de Studion en Constantinopla —interrumpió desde el suelo. —ardieron libros, manuscritos, mapas y códices enteros, pero en el centro de la hoguera quedo un pequeño cofre de nogal que las llamas perdonaron. Lo guardé rápidamente para abrirlo en soledad.

—Estambul querrá decir.

—Encontré entre cenizas y fruslerías un óbolo. Años después y por causa del azar descubrí que, al lanzarlo al aire, según el lado sobre el que caía podía realizarse un deseo. Tarde, muy tarde me entere también que el deseo se canjeaba por una tragedia.

—¿Es una fábula lo que me está diciendo, algún cuento extranjero quizás?

—Me gustaría que lo fuera... También aprendí que a veces el deseo cumplido es la tragedia.

—¿Por qué me cuenta esto?  
—No se... al parecer usted tenía ganas de hablar y yo también.  
—De hablar de quimeras no.  
—No son quimeras o fabulas ni tampoco cuentos. Verá, algunas cosas son más fáciles decírselas a un desconocido.  
—Puede ser, pero no me tome por tonto.  
—Entiendo su incredulidad, aun así, le aseguro que no me falta la verdad.  
—Lo que no le falta es ron, según percibo.  
—Así es, tampoco me falta ron. —dijo tomando un trago de una botella guardada en una bolsa de papel.  
El aparente borracho guardo silencio, murmuro palabras inentendibles antes de ponerse de pie y sujetar una de las bolsas que cargaba Littbarski en lo que pareció más un abrazo que un intento genuino de ayuda.  
—Permítame ayudarle a cargar eso.  
—¡No! ¡Aléjese! —contestó intimidado por el gesto que considero molesto e indebido. —, no necesito que me ayude a cargar nada.  
—Tal vez yo sí.

Ninguno se despidió.

Al llegar a casa mientras ordenaba sus compras y se ponía cómodo prendió el televisor para que lo acompañara y estaba por empezar un partido de fútbol sin importancia para él. Se sacó las botas y vació sus bolsillos antes de quitarse el overol, en ese instante lo vio por primera vez; por un lado, se adivinaba una cara, pero los símbolos del anverso el tiempo los había hecho ilegibles.

Aunque juzgaba ilegítima la historia fabulosa de este objeto y fortuita la manera como le había llegado no se deshizo de él, solo lo arrojó con desdén a un cajón de herramientas y mientras giraba en el aire, con una actitud burlona y sarcástica, le apostó al equipo más débil que ya se estaba acomodando en la cancha en un cauteloso 5-4-1, luego cambio de canal y se quedó dormido viendo como iluminaban un árbol navideño en un lugar que nunca conocería.

5:00 am, suena el despertador y empieza un día más para Littbarski que debe tomar 2 buses y caminar casi un kilómetro para llegar a la fábrica. Es habitual encontrarse con compañeros de trabajo en ese trayecto y recorrerlo entre charlas anodinas.

—¡Espérame, Arroyabe!  
—Pero apúrate Littbarski que vamos con el tiempo justo.  
—¿Qué tal todo en casa Arro?  
—En casa todo bien, los chicos ya están en vacaciones y cuando salgo aún están dormidos, prefiero no despertarlos para despedirme.  
—Si, déjalos dormir.  
—Ahora, si me preguntas por el Atlético parece que este año se nos escapa el campeonato. — Pero van de líderes, ¿no?  
—¡Ya no hermano, ya no! ayer perdieron un partido de local contra un equipito de 3 pesos que salió a defenderse y solo hicieron un tiro al arco, solo uno y eso les basto.  
—¿Ah sí? vi que jugaban ayer. Cuéntame más.  
—Fue una cosa de locos; 3 balones en el palo y ese arquero saco de todo, te juro que bloqueó todo.  
—Perdieron 1-0.  
—Si. Insisto, solo patearon una vez al arco, el 14 creo, le pego suavcito y nuestro arquero la agarro con las manos, pero se le resbalo, cómo si el balón estuviera enjabonado y apenas cruzo la línea de gol. Increíble. Ahora solo queda ganar el domingo y que pierda el Independiente.  
Entró a la fábrica con la certeza de que no podía haber relación causa/efecto en lo sucedido, que él no tenía nada que ver pues el fútbol es así y puede ganar cualquiera, son 11 contra 11.  
Esa noche no durmió, pensó en las palabras con olor a alcohol del linyera, en la frase llena de latinismos que no entendió, en el gol que enojó a Arroyabe, en la alarma sonando antes de que salga el sol, en que a él siempre le costaba más que a los demás alcanzar sus metas y nunca se quejó de ello con nadie.  
¿Pero no que cada deseo se canjea por una desgracia? pues acá no ha pasado nada...

... bueno... a él no le pasó nada, aunque la prensa deportiva seguramente destrozó al arquero del Atlético.

El despertador lo encontró en vela, lleno de dudas y con algo de vértigo que lo llevo hasta la caja de herramientas dónde había caído el óbolo, lo lanzo de nuevo con una apuesta más alta esta vez.

La semana transcurrió sin novedad y el insomnio abandonó a Littbarski, quien ya tenía su cabeza puesta en los preparativos para la cena y el intercambio de regalos. Atrás quedaron el indigente y la posibilidad de que el Atlético ganará el campeonato.

En la víspera de navidad una voz robótica se difundió por los altoparlantes de la fábrica prometiendo bienaventuranzas y augurando los mejores deseos para todos los trabajadores antes de anunciar que la mesa directiva había realizado una rifa entre los empleados de todas las sucursales de la región y Littbarski era el afortunado ganador de una camioneta 4x4 último modelo.

El estupor le dejo el cuerpo inmóvil, petrificado, pero su cabeza era un avispero; sintió caer el velo que cubría sus ojos dejando entrever una puerta hacia infinitas posibilidades, hacia el desengaño... el mundo y su concepción se derrumbó. Simultáneamente imagino una estancia con praderas vastas donde se desorientan los caballos, una isla con tibio mar perdida en el Caribe, pensó en su abuelo, en el hígado de Prometeo, en agua volviéndose vino, en Lázaro de Betania, en Erik Weisz, en Demócrito de Abdera que se arrancó los ojos para pensar... Temió no volver a sentir sorpresa nunca más.

El vitoreo de sus compañeros lo saco de sus pensamientos y los abrazos, apretones de mano y fotografías donde parecía hipnotizado lo trajeron de vuelta a la realidad.

Volviendo a casa una transeúnte ignoró el semáforo y la esquina se llenó de sangre y de gritos.

Pierre Littbarski ahora con el rostro desdibujado, los ojos cetrinos y vacíos pasa los días sin comer y las noches sin dormir reviviendo una y otra vez en su cabeza el accidente que lo dejo viudo.



# El trabajo cultural de Ameth Valencia

Nacido en Panamá, Ameth Valencia es ingeniero, gestor cultural y en algunas ocasiones, escritor. Dirige y gestiona su cuenta de Instagram *Atrapando Libros* desde el 2015. Estamos hablando de una época en el que no había espacios para la promoción de literatura nacional. En otros países hacían enormes promociones a autores, pero en Panamá apenas estábamos empezando a ponernos en el mapa de la gestión cultural. Personas como Ameth crearon proyectos en redes sociales para cultivar la lectura. Desde su cuenta (@atrapandolibrospty) se ha mantenido fiel a promocionar a autores panameños y extranjeros. Es un trabajo enorme y admirable.

Ameth va a los eventos, los reseña, toma fotos, hace entrevistas y todavía tiene tiempo de conversar. No cualquiera tiene la disponibilidad de ayudar al crecimiento de la cultura de un país. En eso Ameth es un increíble referente. Entre vinos, fotos y comida, conversamos sobre sus inspiraciones, procesos y proyectos que han surgido desde que se dedica a la gestión cultural. Como él mismo lo dice: llámalo hobby, como quieras, pero *Atrapando Libros* es mi fantasía literaria.



**"Yo era un lector solitario y me causaba mucha ansiedad el guardarme todo aquello que iba descubriendo en los libros".**

## **Todo proyecto comienza con una idea. ¿Cómo fue tu proceso de crear *Atrapando Libros*?**

*Atrapando Libros* nace de mi necesidad de querer compartir todo lo que leía y lo que los libros me hacen sentir. Yo era un lector solitario y me causaba mucha ansiedad el guardarme todo aquello que iba descubriendo en los libros. Cree el perfil de *Atrapando Libros* en Facebook a eso de 2014, pero lo hice público en 2015. En el 2017 pasó a Instagram y de luego me volqué más a esa red, ya que brinda la parte visual que me encanta.

## **¿Qué otros proyectos surgieron a partir de *Atrapando Libros*?**

Creo que la evolución del proyecto es lo que más me sorprende. Todo inicia compartiendo mis lecturas y libros que deseo leer. Luego de eso se me ocurre hacer una memoria de los eventos a los que asistía: tomar fotos, reseñar lo que sucedió en el evento, compartir la agenda de eventos literarios, cosa que hasta el día de hoy hago y me encanta. De allí *Atrapando* pasa a ser una comunidad donde comparto todo lo que me causan los libros, los eventos y mi gran amor por todos los artistas de este mundo de las letras. Pasé luego a crear espacios, eventos (que realizo hasta el día de hoy) a conformar un club de lectura. Y lo que más me llena es que me abrió las puertas a ser presentador de varios lanzamientos de libros nacionales e internacionales, moderador de hermosos conversatorios y el poder entrevistar a los autores. Creo que sale esa parte de mí que siempre desea y ama comunicar.

## **¿Cuáles han sido los obstáculos que has tenido que enfrentar?**

Primero podría ser el equilibrar mi tiempo, ya que tengo un trabajo de ocho horas como todos y siempre saco de mi tiempo libre para dedicarle a la literatura. Otros de los retos sería el que las personas entiendan lo que es mi proyecto. Pueden entenderlo como un hobby, pero nada más alejado de la realidad. *Atrapando Libros* es la fantasía literaria que comparto con todos aquellos que les mueven las letras, es el espacio donde me encuentro conmigo y mi forma de abrir una ventana para traer nuevos lectores. Otro de los retos fue el tratar de comprender todo nuestro ecosistema literario en Panamá. Fueron muchos años de convivir, de escuchar y de aprender de los grandes maestros de nuestras letras como se mueve toda la bola aquí. Pero al final creo que de tanto patear calle puedo tener el panorama claro y veo lo hermoso que es y lo tanto que puedo seguir creciendo. Y claro, como todas las artes, pues el reto de encontrar el apoyo de entidades, empresas que deberían tener como eje el brindar experiencias literarias.

## Háblanos de tu perspectiva sobre la literatura panameña.

¡Wao! Pregunta que podría desarrollar en muchas páginas. Desde siempre nuestra literatura panameña ha sido de altura y muy importante para describir lo que somos como país. A lo largo de nuestra historia hemos tenido grandes escritores que dejan un enorme legado en todos los géneros literarios. Si bien es cierto cultivamos mucho el cuento, la poesía y el ensayo, creo que son los dos primeros los que actualmente más están calando en nuevos lectores. Desde mi óptica la transformación que hoy vemos en lo que se escribe y lo que se lee es una respuesta a fenómenos externos (era de redes sociales, inmediatez y ganas de expresarse rápido) nuestra literatura tiene grandes referentes y excelentes escritores aún hoy mantiene vivo ese legado. Es de saber que el apoyo a nuestra literatura es muy pobre y que los autores se la ven muy dura para alcanzar sus publicaciones. La verdad mi panorama en general es optimista, espero sigamos apoyando el buen trabajo que se realiza, apoyar a los escritores que tienen ganas de aprender y sobre todo formar a lectores analíticos. Creo que he hecho un mix de mil cosas, pero espero se entienda, creo podría escribir una tesis de todos mis pensamientos sobre la literatura panameña.



# Entrevista a Eduardo Verdurmen

Eduardo Kees Verdurmen Díaz, (Ciudad de Panamá, 10 de septiembre de 1964) es diseñador, escritor, guionista, director, profesor, productor, editor, sonidista, colorista y supervisor de efectos especiales para cine y televisión. Licenciado en Comunicación Social. Profesor de cine en Ganexa. Trabaja para la empresa Voltaje Producciones y Corporación Medcom como Jefe de post y director de Efectos Especiales. Famoso por escribir la novela *Rex Angelorum* en el 2009.



## **Como autor, ¿existen elementos fantásticos y propios del terror que considere pilares en su literatura?**

Por supuesto, el tema de Brujería, fantasmas, lo sobrenatural. Los elementos de lo paranormal mezclados en temas de religión o de connotación diabólica. También la combinación de terror psicológico es excelente para crear una obra.

## **A título personal, cuáles son las obras del terror que más lo han impactado**

Anne Rice con *Queen of the Damned* y *Prince Lestat*. *Dejame entrar* de John Ajvide Lindqvist llevada al cine de forma magistral.

## **¿Cómo inició su interés por la literatura oscura y cuándo decidió que sería el tipo de literatura al que se volcaría como autor?**

Definitivamente con mi libro *Los Fantasmas de Anni* y *El Punto Secreto*. La ansiedad que me produjo escribir estos libros casi se convierte en adicción. A altas horas de la noche produce sugestión.

## **¿Cuál es su visión del suspenso y lo fantástico en la literatura?**

El suspenso debe ir en crecimiento a medida que el argumento avanza, con cambios y giros de tal forma que no puedas despegarte de las paginas hasta ver el final. Lo fantástico debe fascinar, sacarme de la rutina donde estoy para entrar en un mundo mágico e impensable del cual no quiera salir. Lo fantástico me sumerge en un mundo comparado con los sueños.

## **El género Weird y fantástico ha estado presente en el arte durante mucho tiempo, ¿de qué maneras considera que estos han influido en la expresión literaria en nuestro país?**

Siempre se ha escuchado en el interior del país los cuentos más extraños narrados por nuestros abuelos a altas horas de la noche, sobre historias sobrenaturales, crea una fascinación y miedo y algunos autores nacionales lo han plasmado en libros. En mi caso en particular, un capítulo de *Rex Angelorum* llamado Brujas, muchos de los lectores me comentaron que les causó sugestión y más en horas nocturnas. No fue mi intención hacer esto, sin embargo, después de hablar con innumerables seguidores me percaté que lo que realmente querían era un libro que causara esa sugestión y de allí nace *Los fantasmas de Anni*.

## **A título personal, ¿tiene referentes en el cine y la música que vayan de la mano al género weird y fantástico? Si es así, cuéntenos por qué lo son.**

Definitivamente, solo ver las películas de Stephen King o *The Thing* del director John Carpenter me erizan la piel. Del género fantástico *El señor de los Anillos* nos lleva a un mundo jamás visto. En cuanto a la música en si solo los creados para las bandas sonoras de estas películas.

## **¿Tiene algún proyecto en puerta del que nos pueda hablar desde la perspectiva de lo fantástico, sin adelantar demasiado?**

El próximo año lanzo mi décimo libro llamado *Recuerdos de mi muerte* y creo que es lo mas extraño que voy a hacer después de mi ultimo libro *Los fantasmas de Anni, Sebastián* que termino siendo una Precuela del joven y un Spin Off a partir de la mitad del libro. También pretendo llevar al cine estas obras.

# Entrevista a Wendy Barsallo

Escritora panameña, egresada de la Universidad Santa María La Antigua. Es Licenciada en Informática de profesión. Desde su infancia es amante de la escritura, acompañándole esta última como herramienta para manifestar pensamientos, reflexiones las cuales a pesar de no ser publicadas de manera profesional guardan gran importancia ya que forman parte de su día a día. Fanática de las películas de terror e historias paranormales, incursiona en el género negro con su primer libro, *La hora del miedo*, a través historias cortas que provocan al lector la sorpresa de lo inesperado.

## **¿De qué manera comenzó su interés por la literatura de terror como autora? ¿Va de la mano con su faceta como lectora?**

Mi interés por la literatura como autora se da por la participación en unos cursos de escritura creativa. A través de estos talleres pude retomar escritos que había dejado en el olvido y que van de la mano con mi faceta como lectora y fanática de las películas de suspenso, misterio y terror. Recuerdo que de muy joven utilizaba diarios personales y visitaba librerías para adquirir libros de temas profundos en el género negro y basadas en la parapsicología.

## **¿Cuál es la visión de “terror” que tiene Wendy Barsallo como escritora?**

Mi visión del terror para *La hora del miedo* está enmarcada en lo sobrenatural, en las diferentes formas en que se puede manifestar el mal, en la parte de lo espiritual y en nuestra fe, que en muchas ocasiones nos aferramos para tratar de minimizar nuestros miedos.

En nuestro camino, siempre nos veremos acechados por pruebas y tentaciones, no solo en la parte espiritual, sino en el diario vivir ya que el mal también se desarrolla y ejecuta a través de las personas.

## **¿Qué tipo de terror pueden encontrar los lectores a través de su obra *La hora del miedo*?**

En este libro podemos encontrar situaciones fantásticas, sobrenaturales, escalofriantes y algo de folclore, los cuales son la base para cada relato de terror escrito. Mi finalidad es crear y hacer vivir momentos de tensión en el lector, que recuerde sus miedos sobre todo los de infancia y presentando escenarios comunes, lugares de nuestro país que en algún momento ha visitado o escuchado que existe.



## **¿De qué manera manejó los componentes de lo fantástico en sus cuentos?**

Manejar los componentes de lo fantástico dentro de cada relato, es la parte más interesante del trabajo que he tenido como escritora, sobre todo para este tipo de género. Sentir, vivir de forma personal lo que se ejecuta en la historia y la narración de cada personaje, es mi técnica al escribir. Traspasar mis ideas, sentimientos, crear el detalle de cada acción, atmósfera, elementos del entorno y contar historias a través de imágenes mentales, me garantiza que el escrito cree sensaciones en mí para ser transmitidas al lector. Es por ello que me gusta la narración en tiempo presente, ya que el cerebro interpreta que está ocurriendo en realidad.

## **¿Alguno de sus cuentos es una anécdota ficcionada o son todos producto de lo ficticio?**

El libro *La hora del miedo* está compuesto de algunos cuentos que entrarían en una anécdota ficcionada, basándome en la personalidad de dos familiares fallecidos, lugares en el que estuve a lo largo de los años, en una oración personal que me hacía mi abuela, objetos a los que tuve acceso en algún momento y lograron inspirarme para desarrollar las historias.

## **En sus historias hay un comente de irrupción de lo esperado que provoca un punto de sorpresa sutil en el lector, ¿cuál es su forma de trabajar este recurso tan propio del weird para causar incertidumbre y generar sorpresa?**

Es importante para mí que durante el desarrollo del cuento, se cause incertidumbre, por lo que se incorporan elementos que llamen la atención del lector, generar suspenso o alguna situación perturbadora en la narración para que el final, el desenlace sea una sorpresa en el lector. Apoyándome siempre de un escenario, de las sensaciones o presentimiento del personaje.

## **¿A qué tipo de terror apunta a llegar como autora en próximas obras?**

Mi objetivo para la próxima es una novela corta enfocada en un terror gótico y psicológico, tomando como base un tema social que repercute en una familia.

# Entrevista al ilustrador Brasil de León

@deathbrasil

Brasil De León, ilustrador panameño influenciado por los 80s/90s. Creció rodeado de las influencias de cultura pop, películas de terror, libros de ciencia ficción y fantasía. Artista multidisciplinario enfocado en el arte digital e ilustración tradicional.

Tiene un estilo marcado por lo surreal, oscuro y fantástico aplicando diferentes técnicas para expresar una variedad de sentimientos en el espectador.



## ¿Cuándo y cómo surge tu interés por el dibujo?

Desde que tengo memoria, creo que siempre he podido comunicar y expresar lo que imagino a través del dibujo, si me toca ser específico, puedo decir que tengo 34 años dibujando, primero lo que veía y luego lo que pasaba por mi cabeza.

No ha habido un momento de mi vida donde el dibujo estuviera fuera de mi rutina, desde la escuela, en mi casa, universidad, trabajos. Es un hábito que me ha acompañado siempre, ha sido parte integral de mi persona.

## Cuéntanos sobre ti. Además de dibujar, ¿a qué más te dedicas?

Me gusta mucho el arte en general, es parte integral de mi vida diaria, la música, el cine, la cocina, los videojuegos y en años más recientes ser padre, lo que ha dado una nueva perspectiva a todo el resto de cosas que hago.

## ¿Cuál diría que es tu mayor habilidad y cómo la perfeccionas a través de los años?

Creo que es poder crear sin usar referencias, usando la imaginación y todo el contenido audiovisual que le he alimentado a mi memoria. Generalmente puedo hacer un bosquejo funcional o un arte conceptual usando las referencias que tengo mentalmente para poder plasmar una idea, y recorro a referencias puntuales si no estoy satisfecho con lo que estoy logrando, pero valoro mucho el filtro del artista sobre la realidad. También se trata de encontrar un balance, he invertido años construyendo la confianza, trazo y control para ser rápido y directo al iniciar una pieza.

Trato de deconstruir todo material (libros, canciones, series, películas, juegos, experiencias, conversaciones, etc) que pasa por mis sentidos, y guardar todo en mi memoria, sabiendo que más adelante me será útil para crear piezas, sean para un proyecto personal o comercial. Mi meta es cargar una librería a la cual tenga acceso 24/7 al cerrar los ojos y en constante expansión. Como consecuencia de un hábito desde primaria, siempre me he acostumbrado a dibujar originalmente con tinta, sin usar lápiz de base, eso también ha contribuido a que cuando trabajo con tinta china, arranque el proceso directo sin un sketch base, agilizando el tiempo y haciendo natural la evolución de una ilustración.

## ¿Tienes ilustradores de referencia que puedan llegar a inspirarte? ¿Quiénes son?

Tengo ilustradores y referencias de artistas de diferentes técnicas, como llevo años enamorado de la tinta china, tengo que mencionar por encima de todos al maestro Kim Jung Gi, que ha fallecido recientemente. Espero algún día seguir mejorando y llegar a rozar del nivel que él tenía. Su capacidad de crear unas vistas/perspectivas y personajes cargados de detalles asombró al mundo y estoy seguro perdurará en la historia como un referente del potencial de la ilustración.

## ¿Cuáles son tus proyectos a futuro en el mundo artístico?

Tengo varias cosas que están gestándose, tengo en el horizonte terminar unos cuentos que llevo un par de años escribiendo para ilustrarlos y publicar un pequeño libro de antologías de terror.

Hay otro proyecto que está en curso, que pronto podré hablar más de él y presentarles otra faceta de arte que no he explorado, siempre estoy trabajando en algo, y espero poder mantener ese ritmo por el futuro y no parar de crear.

## ¿Cómo es ser un ilustrador en Panamá?

Es algo complicado pero genial al mismo tiempo, estos últimos años creo se le ha dado la seriedad o mejor dicho el lugar como disciplina artística que cubre una necesidad comercial, de marcas, empresas, etc. Creo que es mejor decir que se le está brindando el respeto que la profesión siempre ha merecido. Y poco a poco la población en general se instruye más sobre los beneficios de contratar los servicios de un ilustrador o de apreciar el arte generado por ilustradores. En Panamá somos una mezcla de todo, así mismo es el ecosistema creativo en el que cada uno va encontrando su estilo y su lugar. Hay espacio para todos y siempre hay un proyecto donde eres el indicado o puedes recomendar a alguien que conoces que sabes su talento y arte son lo que están buscando para lo que necesitan en su proyecto.

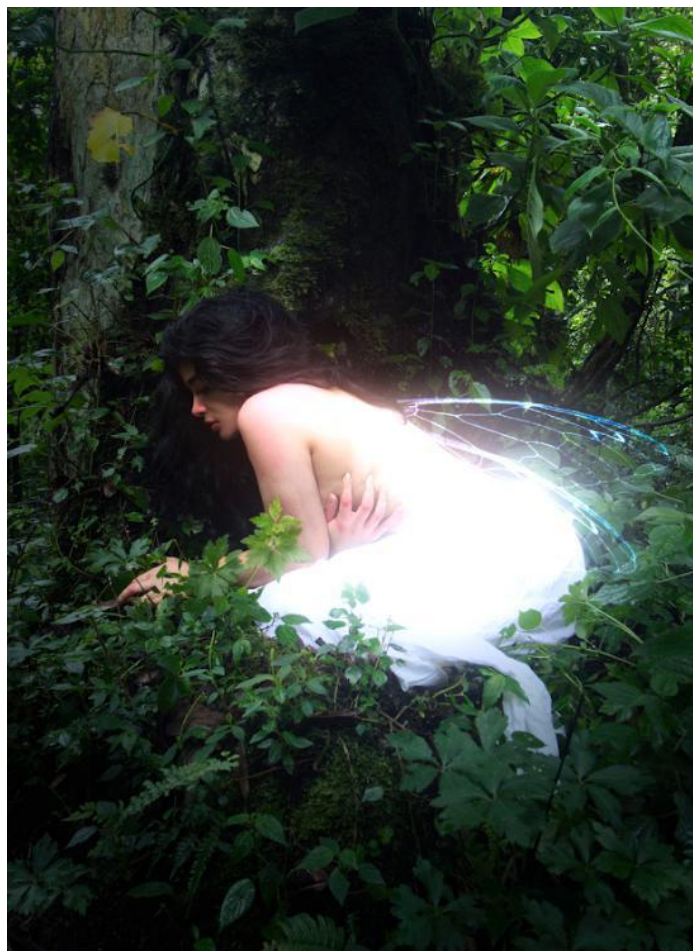
## ¿Cuál fue tu primer proyecto a nivel profesional?

Puedo decir que siempre he vendido dibujos, acuarelas, entre otros, (dependiendo de la etapa de vida en la que me encontraba), pero creo si lo mido con el tipo de ilustración por la que me especializo ahora (ilustración vectorial), pudo haber sido en el 2009 o 2010, fue crear el personaje para el branding de unas cabañas en Bocas del Toro, es un gorila acostado en una hamaca entre dos palmeras. Hice el proceso de iniciar por los sketches del personaje, a pasarlo a ilustrador, proponer las paletas de colores y finalizar la pieza una vez terminado los cambios/aprobación final del cliente. En ese momento todavía no usaba una tableta gráfica y luego de pasar por el calvario de digitalizar en ilustrador el personaje usando el mouse, fue que decidí invertir y comprarme mi primera wacom (anuncio no pagado).



# Entrevista la fotógrafa Cristina López

Nacida el 22 de Marzo de 1995 en la ciudad de David de la provincia de Chiriquí, Cristina López cursó su educación primaria y secundaria en el colegio Parroquial Pio XII. Empezó su interés en el arte, la mitología, la literatura y la naturaleza debido a el entorno en el que creció y a qué su abuela Alba María Samudio le inculcó las historias y tradiciones de sus antepasados, los indígenas Doraces de Chiriquí. En el año 2008 inició como estudiante de danzas folclóricas donde ha representado a Panamá en distintos países. Empezó a tomar autorretratos por falta de modelos, pero con el tiempo se convirtió en una clase de terapia personal. Combinando todos sus intereses como el folclore, la cultura, la literatura, el arte y la fantasía junto con la fotografía, dio origen a su estilo fotográfico con el que busca traer a la vida su propia versión de la magia.



@cristiih22

## **Cuéntanos un poco quién eres y a que te dedicas, para el que todavía no conoce tu trabajo.**

Mi nombre es Cristina López Urriola y soy artista; mi arte consiste de fotografías fine art con temáticas de fantasía, mitología y folklore. Algunas veces hago esculturas.

## **Tu arte refleja mucha inspiración de cuentos de fantasía. ¿De dónde vienen las ideas?**

Desde muy pequeña la fantasía, la mitología y las historias de la montaña que mis abuelos siempre nos contaban han sido mi fuente de inspiración más grande. Debo mencionar que mi conocimiento sobre esos temas no se ha quedado ahí, siempre estoy investigando, leyendo literatura fantástica y aprendiendo sobre la mitología de otras culturas y la mía; por ejemplo, mi serie de fotografías titulada “Eva” está completamente inspirada en el poema narrativo “Paradise Lost” de Jhon Milton.

Hay otros temas que también inspiran mi arte, como la naturaleza, la vestimenta folclórica panameña, los relatos de los indígenas Doraces de los cuales soy descendiente, ciertas canciones y mis sentimientos.

## ¿Cuál es la parte más divertida de tu arte?

Es difícil escoger solo una. Disfruto todo el proceso, desde la planeación hasta ya la publicación de mi arte. Pero si tengo que escoger una supongo que el mismo momento de tomar la fotografía, es muy especial para mí porque entro en el papel y en ese pequeño mundo fantástico que creé para esa sesión, claro que al momento de la edición es que se agregan esos últimos detalles para resaltar más esa sensación mágica, pero al momento de tomar la fotografía puedo sentir y vivir dicha sensación.

## Háblanos de los conceptos de tus fotografías

Los conceptos de mis fotografías siempre están variando, supongo que son el reflejo de como fluyen los pensamientos en mi mente, por ejemplo: un día estaba terminando de leer uno de mis mangas favoritos llamado *“Kuragehime”* y de repente nació una idea en mi cabeza para una fotografía nueva inspirada en las medusas, otro ejemplo podría ser el de mi fotografía *“Druida”* que “apareció” instantáneamente en mi mente al escuchar la canción *“The willow maid”* de Erutan. Otro de mis conceptos es el de tomar personajes normalmente asociados con lugares europeos o norteamericanos y colocarlos en mi entorno tropical. Un ejemplo de ese concepto es mi fotografía *“The wicche’s sabbath”*. Y por último podría mencionar el concepto de tomar elementos de nuestro folklore panameño y crear una narrativa alrededor de ellos, como mi fotografía *“Diablo”* que nos muestra a una persona poseída por el mismo demonio que habitaba en su máscara de diablico.



@cristiih22

## ¿Cómo es ser un fotógrafo en Panamá?

Bueno, puedo hablar de mi experiencia como una fotógrafa con un estilo poco convencional que busca vivir del arte y no reside en la Capital... Es difícil, no les voy a mentir, he notado que mis fotografías no cumplen con ciertos parámetros necesarios para ser considerada por muchos como “una buena fotografía” pero siento que para capturar esa fantasía que busco debo salirme de ciertos parámetros, esto en el ámbito de la fotografía como tal, en el ámbito artístico siento que la fotografía no es considerada por muchos como “arte verdadero”.

Pero gracias a las redes sociales he podido mostrar poco a poco mi proceso como fotógrafa y he recibido bastante apoyo de personas que les gusta lo que hago. Además de que he investigado por mi cuenta sobre que oportunidades tengo como artista de la fotografía y he encontrado distintos concursos internacionales que permiten aplicaciones de todas partes del mundo y esto me ha abierto las puertas a un mundo nuevo.

## **¿Tienes algún proyecto nuevo?**

Sí, de hecho, tengo un cuaderno de apuntes llenos de ideas para proyectos nuevos que por una u otra razón no he podido realizar. Pero actualmente estoy trabajando en una serie de fotografías impresas mezcladas con elementos 3d, ya quiero poder mostrárselas.

## **¿Qué artistas te inspiran?**

Artistas/fotógrafos como Bella Kotak, Alex Stoddard, Kirsty Mitchell, Lillian Lu, Elizabeth Gadd, Tina Yuu, Gail Potocki, Luca Vanzella (creador del Codex Inversus), Lynne Bellchamber, Annie Stegg Gerard y muchos más.



## EL EXCESO COMO FUENTE DE HORROR EN “LA SORPRESA” DE GUADALUPE DUEÑAS

POR: ANA MARÍA ROSALES FLORES

Las fiestas decembrinas llaman a la puerta. Árboles, esferas y luces adornan los hogares. Sabores, colores y texturas anuncian no solo el nacimiento del redentor, también brindan el pretexto para renovar los vínculos familiares y de amistad. El espíritu navideño acecha hasta el más huraño. El mercado de las emociones adquiere sus mejores dividendos, no hay obstáculo que detenga tal frenesí.

Navidad es un periodo de exceso permitido; una licencia para el exceso de sentimentalismo, el exceso de comida, el exceso de bebida, en fin, un cúmulo de códigos que proponen una oportunidad de autoafirmación social a través de la generosa ingesta de alimentos y el intercambio “desinteresado” de presentes. El consumo como ritual está a punto de consagrarse. Justo en ese ambiente de festividad Guadalupe Dueñas (Guadalajara, 1910) trabaja el horror navideño en su relato “La sorpresa”.

La anti navidad forma parte de su repertorio temático, “La sorpresa” es un ejemplo sui géneris de su cuentario y de la narrativa mexicana contemporánea. Las imágenes espeluznantes que Dueñas trabaja en este texto quizá fueron una fuente de inspiración para algún cineasta excéntrico que saca partido de los encuadres perturbadores creados por escritores poco comunes y, por ende, no tan conocidos como Guadalupe Dueñas. En este relato, los muñecos vivientes (de jengibre, caramelo y otros ingredientes) que cuelgan del árbol navideño es un icono que ha saltado de la literatura al cine pues por hoy se produce un amplio repertorio de films que exploran y reformulan el horror navideño (*The Gingerdead Man*, 2005; *Krampus: el terror de la Navidad*, 2015, etc.).

En “La sorpresa” (Dueñas, 2017: 284), los muñecos decorativos con expresión siniestra transforman la blanca en una negra navidad en el hogar de una madre y su hijo, Pedrito. La sala de esta familia se engalana con el árbol sobrecargado de muñecos y luces; dicha carga inquieta los sentidos de Pedrito y amigos: “Lo prefiero con esferas de colores –dijo Héctor”. El exceso de adornos activa la maquinaria de horror. Está próxima la sorpresa que sugiere el título del cuento. El viso fantástico comienza a olfatearse:

Al penetrar en la sala y contemplar el árbol descomunal [...] Diminutos Judas repetían su ahorcamiento. Ni una hoja, ni un gajo libre en este árbol alucinante, habitado por un enjambre de seres minúsculos. Era de notarse la fiera mirada de algunos y la expresión de otros, que prisioneros en la babel de pino parecían rebelarse.

El exceso de figurines que cubre el pino navideño configura el miedo y anuncia la tragedia. Resultan espeluznantes las poses geométricas del suicidio y más aún si se repiten formando una especie de panal mortuario.

El barroco grotesco materializado en esa Torre de Babel no se limita a los objetos, se expande hacia el territorio del afecto de una madre hacia su hijo.

La sobreprotección maternal aflora en el excesivo decorado de la casa. Asfíxica es la atmósfera navideña, así como el cariño y cuidado materno, a tal grado que Julia desconfía del peligro que proviene del exterior e incluso de propios y extraños. Ni siquiera pasa por su mente en cuestionar su “instinto maternal”, al contrario, considera prudente que un buen hijo de viuda debe estar pegado a las faldas de su madre.

El amor maternal se transforma en energía vitalicia para los muñecos siniestros del árbol, pues gracias a ésta cobran vida. La fuerza fantástica materializa un amor tóxico y asfíxica que los muñecos canalizan hacia el cuerpo de Pablito:

El niño presentaba diminutas heridas en el rostro y en las manos, y sobre todo en el cuello, donde brillaban puntos de sangre fresca. Los muñecos, apilados en la masa informe, pendían unos de las varas como pequeños odres hinchados, o se balanceaban otros con las fauces púrpura. Su mirar estremecedor cargado de maldad parecía regodearse en el crimen cometido (286).

La escena del crimen hiede a sangre y a galletas de jengibre. Ni las faldas de su madre protegieron a Pablito del enemigo en casa: ella. El horror se conjura en la privacidad de una casa, en la sala, un espacio dedicado a la recepción y convivencia social se convierte en sitio para el crimen; los figurines suplantando a los criminales que rondan las calles de una ciudad “peligrosa”; la sobreprotección materna funge de autor intelectual del crimen. La trilogía de este mini policial ominoso se ha consumado por las llamas con olor a canela. El lazo afectivo se convierte en rosca de frutas para degustar en la cena más esperada del año. Con azúcar y sangre Guadalupe Dueñas amasa “La sorpresa” que forma parte de su recetario siniestro.

Fuente:

Guadalupe Dueñas (2017). “*La sorpresa*”, *Obras completas*, México, FCE, pp. 284-287.



Parte de este artículo fue publicado en mi blog *El cráneo de Olanna*.

# UN ASOMO AL HORROR (NAVIDEÑO) DE JUAN JOSÉ ARREOLA

*POR: JULIO MARÍA FERNÁNDEZ MEZA*

A pesar de su riqueza estilística, la variedad inmensa de registros y temas que usa en su obra y la calidad excelsa de su pluma, Juan José Arreola (1918-2001) no es tan conocido en Hispanoamérica como Juan Rulfo u otros autores de México. Lo que no quiere decir que no haya interés en Arreola. Al contrario, su obra ha sido estudiada y valorada por un número generoso de lectores.

Una de las proezas de Arreola es que, pese a que cultivó varios géneros y registros, no es nada sencillo determinar a qué género pertenecen o cuál domina por sobre otros, por paradójico que parezca. La razón es que el autor se apropia de un sinfín de estilos y toma tantos préstamos de otros autores, tradiciones y épocas, que no solemos reconocer de quién parte, qué texto reescribió, a cuál autor parodia o de cuál otro se burla. Con ello no estoy sugiriendo que plagiera. Más bien Arreola recrea magistralmente el estilo de los otros. Lo hace tan bien que, a primera vista, el texto parece transparente. Ya que releemos y prestamos mayor atención, se revela mucho más de lo que aparenta. Quizá la recreación no sea una técnica muy apreciada que digamos, porque es difícil de percibir en primer lugar. Soy de la idea de que Arreola se resiste a cualquier etiqueta, lo que puede afirmarse de todo gran autor.

Aun cuando él escribió relatos fantásticos y a veces coquetea con ciertos mecanismos de la ciencia ficción, infiero que, en una primera impresión, no lo relacionaríamos con el horror, tomando en cuenta que, a diferencia de otros temas a los que dedica muchas páginas (como la ironía y el humor), Arreola trata el horror en un número acotado de textos. Si él es poco conocido fuera de México, pienso que una manera idónea de difundirlo en otros territorios es reflexionar acerca del horror en su obra, particularmente aquel cuya ambientación se da durante Navidad, puesto que se aviene a la perfección con el tema del segundo número de esta revista.

Hablaré de “Sueño de Navidad”, que corresponde a una etapa temprana del autor, y “Navideña”, que ya pertenece a su madurez. Aunque los dos cuentos se sitúan en el festejo decembrino, en realidad comparten pocas semejanzas. Lo llamativo radica en las diferencias. Ya desde los títulos, la palabra “Navidad” está sugiriendo el tema, pero notemos la gradación de cada uno: podemos imaginarnos más o menos de qué tratará el primer texto al leer el título; en cambio, es más difícil discernir la anécdota del segundo, porque “navideña” se refiere a todo aquello que es relativo a esta festividad. Este matiz, en apariencia superfluo, insinúa que el horror aumenta de complejidad de un texto a otro.

Haré un comentario sucinto de cada escrito según su orden de publicación con tal de que se perciba este desarrollo en torno del horror.

Sobre el primer texto Arreola dice lo siguiente: “En Zapotlán escribí mi primer cuento, “Sueño de Navidad”, que no está recogido en *Varia invención*. Se publicó en el periódico local *El Vigía*, la Navidad del mismo año de 40. Lo escribí casi de encargo. Cuenta la pesadilla de un niño en esa noche, y me interesa porque encuentro en él reminiscencias estilísticas de Leónidas Andreiev, el enorme cuentista ruso al que leí de una manera fanática”.<sup>1</sup> En efecto, el relato trata sobre el remordimiento de Jorge durante la Navidad debido a que le dio un puñetazo a Julián, un chico de menor edad. Instigado por sus compañeros, Jorge lo golpea, porque el pequeño pasó corriendo y lo empujó por error.

Jorge siente profunda vergüenza, sobre todo de la mano agresiva de la cual querría desprenderse. Entonces, en la noche de la fiesta, experimenta la pesadilla. La oscuridad lo envuelve y se lo lleva lejos, donde nadie puede escucharlo. Ve la cara de Julián con la mancha roja. Esconde la mano. Las sombras de los muebles se vuelven amenazantes. Los hechos se confunden y luego cree estar en la sala, pero la luz se apaga, el árbol de Navidad se torna negro, escucha las voces de sus compañeros, aquellos que lo orillaron a “no dejarse” de Julián, y lo atemorizan esas caras monstruosas.

Y así la pesadilla cambia en un sueño de ilusión, como cuando uno de niño espera los regalos navideños. Lo que antes se describió con imágenes horribles, ahora causará pesadumbre a Jorge. Se sueña en la fiesta de Navidad de todos los niños del mundo. Y oye cómo lo llaman a jugar, aunque tiene los pies clavados en el suelo. En el árbol distingue un barco rojo y quiere asirlo, pero no lo alcanza. De entre los niños, ve a Julián, en cuyo rostro aún brilla la mancha, toma el barco y se marcha con él. Jorge grita lo más que puede, Julián no voltea a verlo, y profiere un sonido de pesar.

Se despierta y en la cama encuentra el barquito. En una conferencia que Arreola dictó en la Universidad de Granada en 1993, él destaca una frase del final: “En su cuarto había luz, su cama estaba llena juguetes. Temblando, apartaba con sus manos pedazos de sueño, y palpaba la realidad con torpeza”.<sup>2</sup> Es decir, antes de fijarse en el obsequio, el niño quiere deshacerse del sueño, temeroso de su opresión. A Arreola le gustaba la frase “apartaba con sus manos pedazos de sueño”, porque la consideraba una de sus primeras frases literarias. La noche navideña se carga de remordimiento y angustia. Podría decirse que Jorge deja de ser niño en un momento del año que fascina a los niños, aquel que depara una gran ilusión.

---

<sup>1</sup> Fernando del Paso, *Memoria y olvido (1920-1947)*, entrevista con Juan José Arreola, 1994, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2015, p. 109.ng

<sup>2</sup> Juan José Arreola, “Sueño de Navidad”, 22 de diciembre de 2009, <<http://elquedeambula.blogspot.com/2009/12/sueno-de-navidad.html>>, consultado el 10 de noviembre de 2022.

En cuanto a “Navideña”, este texto se publica por primera vez en la sección *Cantos de mal dolor* (título en guiño evidente a Lautréamont) en la edición de 1966 de *Confabulario*.<sup>3</sup> Luego tendría su lugar definitivo en el libro *Bestiario*. Respecto del texto anterior, “Navideña” es mucho más complejo: “La niña fue a la posada con los ojos vendados para romper la piñata, pero la quebraron a ella. Iba con traje de fiesta, en cuerpo de tentación y alma de consentimiento”.<sup>4</sup> A primera vista, uno podría pensar que el cuento es bastante violento, pero la situación es hipotética. El suceso descrito en la cita no ocurre como tal. En realidad, el texto tiene claros tintes psicoanalíticos (Arreola es lector consumado de Freud) y constituye una conversación que sostienen dos sujetos, uno de los cuales es amigo de un psiquiatra que además es autor de cuentos de Navidad.

Arreola es cuidadoso en los detalles, porque pone entre paréntesis dos de los cinco párrafos de que consta el texto y allí nos enteramos por qué el psiquiatra asocia la piñata con lo femenino y tacha el palo con que se rompe como “el odioso símbolo sexual”. Al contrario de lo que parecería, el cuento consiste en una crítica en contra de la violencia de género, particularmente el machismo y la agresión. Desde mi punto de vista, la crítica pone el dedo en la llaga, porque el texto arranca con la supuesta violación y el horror es hartó mayor que el mundo onírico experimentado por Jorge, ya que apenas hay descripción. Tan sólo se da a entender lo que pudo haber pasado. La economía y la falta de detalles resultan más expresivos, y por ende estremecedores, que el recuento meticuloso. De ahí que las connotaciones del título “Navideña” se disparen en más de un sentido, porque la anécdota no se pinta de inmediato y así se subraya que en la Navidad, en una época presuntamente de alegría y prosperidad, lo atroz está a flor de piel y puede acontecer.

El horror en Arreola apenas ha sido tomado en cuenta y vaya que da de qué hablar. Entre otros ejemplos pienso en “La migala” o “Cuento de horror”. Sigamos leyendo a Arreola, porque su obra es simultáneamente un microcosmos y un macrocosmos.

---

<sup>3</sup> Sara Poot Herrera, *Un giro en espiral*, 2.<sup>a</sup> ed., Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, 2009, p. 40.

<sup>4</sup> J. J. Arreola, “Navideña”, *Obras*, antología y pról. Saúl Yurkievich, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1995, p. 387.

# 'GREMLINS': UNA CLÁSICA NAVIDAD DE TERROR Y COMEDIA.

POR: YOSELIN GONCALVES

“No dejes que se mojen, no permitas que reciban la luz del sol y nunca les des de comer después de la medianoche”. La mayoría de nosotros recordamos esta frase mística de la película *Gremlins* de 1984 (Dirigida por Joe Dante y escrita por Chris Columbus). Una película navideña que se convirtió en culto. Y no, no fue dirigida por Steven Spielberg. Su productora Amblin fue la encargada de realizar la película. También se pensó que podía dirigirla Tim Burton, pero luego se descartó la idea. La historia gira entorno a Gizmo, un animalito de raza Mogwai que se convierte en el regalo perfecto para navidad, hasta que de repente todo se transforma en una pesadilla. El desastre comienza cuando rompen las reglas básicas que debían seguir para cuidar la criatura: no darle de comer después de medianoche, no mojarlo y evitar que le dé la luz del sol.

¿Qué es un Mogawai o Mogui? Se trata de un ser de la mitología china, su nombre significa «espíritu maligno» o «demonio». Los Mogwai son seres pequeños que se reproducen con el agua de lluvia. Sin embargo, no tienen mucho que ver con la película. El término *Gremlins* es producto de una historia (con el mismo nombre) de Roald Dahl. Fue escrita en 1943 y se popularizó a referirse a estas traviesas criaturas mitológicas. En el libro, los *Gremlins* sabotean a los pilotos de la Royal Air causándoles problemas mecánicos en modo de venganza por la destrucción del bosque que les servía como hogar. El libro también contiene detalles pintorescos sobre las vidas cotidianas de los *Gremlins*: los *Gremlins* bebé que son conocidos como widgets y las *Gremlins* hembra como fifinellas, un nombre tomado de un caballo: la gran yegua de carrera "voladora", Fifinella, que ganó el Epsom Derby y el Epsom Oaks en 1916, el año en que Dahl nació.

Tuvo varios cambios en el guion porque la idea original era demasiada sangrienta y menos familiar y se esperaba que pudiera verse en familia. La película muestra un excelente equilibrio entre el humor y la violencia. La historia se acerca a ser un poco sosa, pero logró convertirse en todo un éxito. Una de las razones de haberse convertido en un ícono fue por la realización de la misma. No existía el CGI, así que tuvieron que ingeniárselas para crear a los *Gremlins*. Fue una sorpresa innovadora para esos tiempos.

Años después, se estrena *Gremlins 2: La nueva generación* (1990). Una secuela que suele ser más alabada que la primera. Al menos por su director. Pero *Gremlins 2* es una propuesta muy diferente tanto en sus intenciones como en su alcance. Fue un completo fracaso en la taquilla, la historia dejó a un lado la época navideña para darle paso a una historia anti-Trump. Se podría decir que es más violenta y madura que la primera. Muerte a la tecnología y muerte al capitalismo. No hay navidad y tampoco verás a los villancicos cantar.

La película es toda una aventura de fantasía, comedia, terror y un imaginario propio con buenos matices. Una referente del cine de terror de la década de los 80.

Fuentes:

Vega, Kiko. (18 Agosto 2018). '*Gremlins 2*', la película que advirtió al mundo de lo que estaba por venir. <https://www.espinof.com/otros/gremlins-2-pelicula-que-advirtio-al-mundo-que-estaba-venir>

Quesada, Daniel. (24 Diciembre 2015). *Gremlins - Crítica especial cine de los 80*. <https://www.hobbyconsolas.com/reviews/critica-gremlins-especial-cine-80-133632>

# Edgar Allan Poe

A la muerte se le toma de frente con valor y después  
se le invita a una copa.

